



• **MI QUERIDA BICICLETA**

Miguel Delibes. Ed. MIÑON.

Miguel Delibes nos cuenta de modo ágil y ameno sus experiencias y peripecias con la bicicleta. Cómo aprendió a montar en bicicleta, las correrías por la ciudad todavía sin automóviles, la experiencia de la escalada, el noviazgo ciclista, los hijos aficionados contra los federados... Es una breve pincelada de su vida escrita con gran calidad literaria y sencillez a un tiempo.

INDICE DE LECTURAS

**Publicación
de "Mi querida
bicicleta" de
Miguel Delibes**

MD

Orense. (P.R.).— Miguel Delibes nos ofrece en este libro un fragmento de sus memorias. Para quienes conocen al novelista castellano, esta breve pincelada de su vida y la interpretación que le da será como aperetivo para el libro de mayor empeño, pero tiene entidad por sí sola porque, curiosamente, nos descubre, la caza aparte, al Delibes deportista y observador del deporte.

Como siempre, encontramos en cada página el estilo personal, inconfundible y siempre elegante de nuestro novelista. Y la pericia, rigurosamente contrastable, es sencilla como la vida misma pero, por ventura, muy divertida. El episodio del aprendizaje, las correrías por una ciudad todavía sin automóviles, la experiencia de la escalada, el noviazgo ciclista, los hijos aficionados contra los "federados"... algo más que apuntes.

Pues bien, lo sorprendente es que un literato de su prestigio se pase por el mundo del ciclismo con la soltura con lo que Delibes: habla de carretes automáticos, de sufrimiento y de todo eso que los comentaristas actuales nos endilgan en estos días, sólo que bien.

No es el caso de hacer aquí un parangón, porque tampoco Miguel! Delibes busca aquí tan ambiciosos vuelos, pero para niños y adultos, si hubiese que bautizar a la bicicleta de Delibes, habría que llamarla Platera.

Un libro más

Miguel Delibes, corredor ciclista



A.C.C.

LA mañana de aquel verano, cuando los siete años de Miguel Delibes pidieron con impaciencia que les enseñaran a montar en bicicleta, su padre releía una vez más el Quijote, soltando unas trepidantes carcajadas. Es posible que el padre de Miguel viviera en esos instantes el incidente de Don Quijote con los molinos de viento. Y tal aventura tenía, sin duda, mucho que ver con el ciclismo. Porque Don Quijote, bien mirado —con los pies y la fantasía apoyados en los pedales de los estribos, montado sobre Rocinante— venía a ser una bicicleta sin frenos, cuesta abajo. Y su adarga —ese escudo ovalado que llevaba, para defender su locura tan cuerda o para defenderse de ella— tenía la forma de una rueda abollada, después de un topetazo.

Delibes posee la virtud envidiable de ver las cosas, de contar las cosas, con esa profunda claridad de la infancia. Conservar dentro la infancia, como él la conserva, es el único modo de que le comprendan a uno todos: los adultos y los niños.

Con su pluma y sus recuerdos —que van dejando, sobre las cuartillas y sobre nuestro espíritu, las huellas de una ágil bicicleta de carreras— Delibes hace un recorrido por las bicicletas de su vida que, en definitiva, constituyen una única bicicleta, igual que todas las que circularon y circulan; pero muy distinta. Un escritor dijo que todas las nubes que no mira uno con amor y calma son una nube cualquiera; pues sólo la atención y la estimación traídas a las cosas las individualizan. Y es precisamente esa estimación atenta la que convierte estas bicicletas de Delibes en unas humanas bicicletas diferentes.

¡Cuántas posibilidades encierra una bicicleta! Una bicicleta puede llevarnos a muchas partes. No sólo a una excursión con merienda, sino también hacia el amor, hacia la valoración del esfuerzo; hasta ese triunfo consistente, no en llegar

el primero a la meta ni en derrotar a los demás, sino en sentirnos abrazados por nuestra propia estimación, alcanzando en silencio ese horizonte que creíamos lejano e imposible o acercándonos a él, con la mirada hacia adelante y sin cerrar demasiado.

Por eso, hay muchas cosas que en la realidad intentan convertirse en bicicletas: las monedas, cuando ruedan para desintoxicarse de trampas y de cambalaches; el reloj solitario de nuestra muñeca que siempre se siente atraído por el de la muñeca más cercana, para conseguir la rueda que le falta; las gafas, semejantes en su constitución —con los manillares brotando directamente de las ruedas— a las extrañas bicicletas ambulantes de los circos y de los equilibristas.

Delibes nos lleva —montados en el soporte o en la barra de sus bicicletas— a determinados momentos muy queridos de su existencia. Y lo hace pedaleando con humor, que es posiblemente la manera más seria de profundizar en los acontecimientos, abriéndoles de par en par para que, sin indigestarnos con moralejas, cada cual extraiga, al pensar libremente, sus propias conclusiones.

Su primera bicicleta, la del aprendizaje angustiado. La bicicleta con la que, ya adolescente, descubriera ante las cuevas de Boecillo los requisitos imprescindibles para poder convertirse en Rey de la Montaña, o de cualquier dificultad, de cualquier escollo, de cualquier ideal, de cualquier propósito. Mientras se iba afianzando en él esa suprema elegancia, para siempre en él presente, de no darse importancia, de disimular sus esfuerzos y sus triunfos, de no pregonar sus logros... Y la bicicleta de uno de sus hijos, venciendo a sí mismo consiguiendo llegar el primero, sin dejarse amilanar por los federados que de improviso se presentaron en Seda-

no para competir; arribando a la conclusión y al convencimiento de que la trama y la puesta en escena vienen a ser artilugios o falsedades, para disfrazar a los débiles y para atemorizar a quienes también lo son.

Y la importante bicicleta que con él compartiera los años de su primer amor. Puede ser cierta su afirmación de que, para enfrentarse curtido con la realidad, ha de ser uno mismo el que se apea de la bicicleta sin caerse, lo mismo que de cualquier angustia, o de la incertidumbre, o del peligro. Porque lo más probable es que nadie, si no lo haces tú, vaya a ayudarse a hacerlo. Pero, a la vez, nos llega la reflexión esperanzada de que el amor puede ser esa mano siempre dispuesta a sujetar nuestra existencia hacia la soledad o hacia el riesgo, a nuestra bicicleta desbocada, para intentar frenarlas.

Delibes en bicicleta, las bicicletas de los Delibes. La bicicleta —con el grillo madrugador de su timbre, con los humildes soles de sus ruedas ocultando los radios o los rayos en su interior para no hacer competencia al sol verdadero— como lago integrado en el paisaje, como un elemento más de él y por él aceptado, capaz de llevarle a uno a parajes todavía no maltratados por el canibalismo vegetal del hombre civilizado...

La bicicleta como una buena colaboradora —Delibes todo lo utiliza como arma incruenta y decidida en esos propósitos tan suyos— para rebelarse contra la injusticia. Para burlar la injusticia, en este caso representada por un «mandado», por un guardia de la porra tocando un silbato irritado; por un guardia perseguidor de bicicletas infantiles sin matricular, erigido en símbolo de todos aquellos que a lo largo de nuestra existencia intentan marcarnos, numerarnos, romper nuestra

personalidad y nuestra independencia, convirtiéndonos en listas o en rebaños. La bicicleta como instrumento a esgrimir contra la arbitrariedad. Palabra ésta que no viene de árbitro o, de venir, tan sólo de uno de aquéllos que tenían el atrevimiento, no de ser caseros, sino anticaseros en el antiguo estadio Zorrilla de nuestra ciudad y a los que el público —¡qué tiempos más pacíficos aquellos!— se conformaba con llamarles insistentemente y a coro: «¡Tío pelele, tío pelele!» sin tirarles almohadillas, ni nada.

Y la predilección por la bicicleta, posiblemente debido a que representa un canto a algo que ha presidido siempre la manera de ser y de actuar de Miguel Delibes: la decisión, el no arredrarse ante ningún Tour-malet, el mantener con firme naturalidad, en todo momento, la verdad desnuda, sus convicciones sin cambio de piñón y el difícil equilibrio.

Delibes nos cuenta que no pudo frenar la bicicleta de Angeles, su mujer, en un paseo de recién casados por los paisajes montañoses. Y en ese pasear en bicicleta, siempre amenazado, que es la vida, tampoco pudo frenar la huida irremediable de Angeles hacia el absurdo de la muerte.

Mi querida bicicleta, sus queridas bicicletas, que se convierten en nuestras bicicletas queridas... Posiblemente, aunque Miguel Delibes no lo dice, su bicicleta más acogedora y más cálida en la actualidad es ésa que forman muy unidos, abrazando los dedos anular y meñique de su mano izquierda, los dos anillos, el suyo y el de Angeles; aquellos que se pusieron el uno al otro el día de la boda, antes de marchar a Molledo para pasar la luna de miel, paseando siempre en la felicidad y a veces en bicicleta. Que, por cierto ¿sería realmente azul su bicicleta, como él manifiesta? ¿O es éste el color con el que le llega y nos llega desde esa distancia tan presente y tan cercana?



FERIA DEL LIBRO

Con «Mi querida bicicleta», editado por Miñón

Miguel Delibes se asoma de nuevo al mundo de la literatura infantil

Madrid/J. M.

Miguel Delibes se asoma una vez más al mundo de la literatura infantil, a través, ahora, de un bello relato, «Mi querida bicicleta», editado por Miñón, en el que se ofrece, en realidad, un fragmento de las memorias del escritor vallisoletano. Para quienes conocen al novelista castellano, esta breve pincelada de su vida y la interpretación que le da será como un aperitivo para el libro de mayor empeño. Pero tiene entidad por sí sola ya que, curiosamente, nos descubre al Delibes deportista, al margen de la caza, su pasión, y al Delibes niño.

En cada página de este pequeño volumen se encuentra el estilo personal, inconfundible y elegante, junto a la peripecia, rigurosamente contrastable, sencilla, en una aventura divertida. El episodio del aprendizaje a montar en bicicleta, sus correrías por una ciudad todavía sin automóviles, la experiencia de la escalada, el noviazgo ciclista, los hijos aficionados contra los «federados», constituyen algo más que apuntes.

No es, ni mucho menos, la primera vez que Delibes toma contacto con el mundo de los niños. En su obra hay una referencia constante a ellos, y más de uno de sus más importantes protagonistas son niños, desde



Miguel Delibes, autor de «Mi querida bicicleta».

el primero de todos, en «La sombra del ciprés es alargada», hasta ese niño en el que se presentan «prodigios», en «Madera de héroe», su última novela.

El libro está ilustrado, con la gracia y expresividad que le caracterizan, por Luis de Horna, doctorado recientemente en la Facultad de Bellas Artes.

La obra aparece en la colección «Las Campanas», de la Editorial Miñón. En esa misma colección Delibes ha publicado hasta ahora dos libros más: «Mi mundo y el mundo», con ilustra-



ciones de González Collado, y «Tres pájaros de cuenta», con ilustraciones también de Luis de Horna.

Miguel Delibes ha perfilado numerosas figuras infantiles a lo largo de su obra, y, en cierta medida, la mayor parte de sus personajes cuentan con una iniciación de origen infantil en los planteamientos y en los trazos que van conformándolos con un amor especial, que a veces no se encuentra en esos mismos personajes, ya adultos.

¿TIENE un secreto la prosa de Miguel Delibes? ¿Y este secreto se adivina mejor en sus libros más complejos, en los que su imaginación al servicio

de la realidad levanta la eficacia completa de su fábula o estará en los relatos más sencillos, donde hemos olvidado personajes, escenarios y «letra escrita» para dejarnos llevar por algo que ha estado fuera de nosotros, sólo desde las primeras líneas y luego nos incorpora a un mundo naturalmente nuestro, que no es ni un alrededor? ¿Será que las emociones que suscita la prosa de Delibes nos sacan de nuestra realidad sin que notemos el tirón? ¿Será que el novelista no se ha propuesto esa *conducción* que es toda obra de arte a un paraje donde el autor dispone y conoce todos los elementos que la invención contiene? Cuando leemos a Delibes estamos participando de algo que, por terrible e inusitado que pueda parecer, se revela como revelación nuestra, como dominio al que parece que estamos destinados.

La cotidianidad del creador Miguel Delibes suele ser la mayor fuerza con que cuenta su poder narrativo. Él sale al camino —al camino de la novela— como puede «salir de caza»; bien pertrechado, pero sin que se note; bien apercebido, pero sin que se perciba; la decisión va por dentro, y no en el atuendo interior. Hasta el lenguaje, eso inevitable e intransferible se diría que permanece escondido en sus misteriosas cápsulas expresivas y va apareciendo poco a poco, para que no se note demasiado, para que no nos demos cuenta de una manera brusca que estamos en la ruta de un escritor. Es mejor no hacer demasiado caso a un niño que llora —si no se trata de algo grave— y no conviene acuciarse con preguntas ni darse por entendido; hay que atenderle indirectamente, «como quien no quiere la cosa», para que se incorpore a la realidad sin nuestros aspavientos, para que cese en su llanto... Pero sobre esto ya volveremos.

El novelista Miguel Delibes parece que no hace demasiado caso a su lector. Pocas veces parecerá que le impone una invención, que le empuja a una aventura. ¡Cuántas veces nos damos con ese otro tipo de escritor que lo proclama desde el primer momento! «Esta es mi página; fíjese usted bien», parece que nos quiere decir. «Y usted es el lector... ¿se da usted cuenta?, ¿está usted ya bastante sorprendido o bastante emocionado? Pues ahora verá...» Con Delibes esto no ocurre nunca. Su andadura novelística se produce habitualmente desde unos supuestos vecinales, por más que la distancia de la fábula nos inquiete con su extrañamiento. El autor no nos asombra nunca con su fórmula, acaso porque no la tiene. Y si esa fórmula existe, está produciéndose de tan manera que no nos sorprende o al menos no nos aturde. Podría parecer algo paradójico, pero el escritor usa una *fórmula* cada vez que se pone a hablar con nosotros; la que parece que surge del propio diálogo, del encuentro distinto y único con cada uno de nosotros, sus lectores. De aquí que Delibes parezca siempre que está creando lenguaje; mejor, que está creando un lenguaje adaptado a cada lector de cada momento.

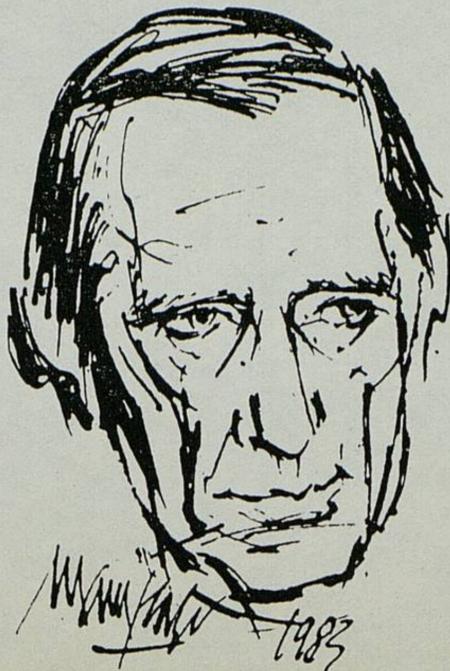
Escribe López Casanueva que «en la tem-

Mi querida bicicleta

Miguel Delibes

Editorial Miñón. Colección Las Campanas. Valladolid, 1988. 68 páginas

poralidad extrínseca de la obra literaria hay que considerar el *tiempo del escritor* y el tiempo del lector. Hacer estos dos tiempos coincidentes es una de las virtudes del escritor Delibes. Ese «curso inscrito es una época cultural, unas circunstancias sociales y



unos sistemas de representación del mundo», que el novelista propone, arrancando de «una disciplina que se llama historia», en Delibes surge como una naturaleza, y en ella habita el lector sin darse cuenta de que está siendo criatura dócil de aquel artífice en que ha puesto su confianza. Y ésta no la perderá a lo largo del relato porque va prendido de algo inaprensible que luego llamamos nada más y nada menos que *estilo*. Hay veces que en la acción invita al lector a colaborar. De una manera tal que somos en seguida partícipes, y estamos además seguros que todo lo demás, indispensable para nuestro entendimiento: escenario, tiempo, circunstancia, se nos dará por añadidura. Este es el principio de *Mi querida bicicleta*: «Yo no hacía más que dar vueltas por los paseos laterales, a lo largo de la tapia, con regreso por el paseo central, pero, al franquear el cenador con su mesa y sus bancos de piedras, las enredaderas chorreando de las pérgolas, azotándome el rostro, vacilaba, la bicicleta hacía dos eses y estaba a punto de caer, pero, felizmente, la enderezaba y volvía a pedalear y respirar tranquilo.»

¿Se acuerdan ustedes de *El principito*, entrando en el tema a expensas de todo detalle accesorio, que nuestra atención —ni la de los niños— necesita si no corresponde a la propia acción...? La economía verbal de Miguel Delibes, su habilidad para entrar a hablar pronto, como si nadie se lo hubiera ordenado, como si él mismo no se hubiera obligado al esquema «vamos a empezar», es una de sus más gratificantes características de narrador.

Por eso, en un cuento como éste —cuento para niños y también para mayores, como

hay algunas muestras, muy pocas, en la literatura de todos los tiempos—, un cuento breve y realísimo, nos lleva a unos orígenes preciosos que caracterizan al Delibes, narrador espe-

cialísimo y total. Esta bicicleta, estas bicicletas, sensibles y atractivas en su fraternidad ineludible, misteriosas y difíciles unas veces, dóciles y duras de pronto, con sus «enfermedades» y sus tratamientos, creando «soledades juntas» y triunfos y derrotas personales, vienen a ser un símbolo, y una responsabilidad, y una liberación. No hay aquí más duendes y gnomos que los propios niños que pedalean —sería muy fácil decir que detrás de «una ilusión inalcanzable»—. No, no, estamos con Miguel Delibes, que ciclista él mismo, presume del gen velocístico de la familia, y nos habla de sus hijos imitándole, y de sus caídas y repechos, y de sus caídas y de su aprendizaje.

«Tú no mires a la rueda. Los ojos siempre adelante...», le habían dicho un día al novelista. Y también: «No corras. Montar en bicicleta no consiste en correr.» Acaso escribir no sea otra cosa que pedalear sobre el lenguaje y no mirar a la rueda. El novelista Miguel Delibes *rueda* sin mirar a la *rueda*. Y de ahí su estilo. ¿Será la novela pasear una bicicleta a lo largo del camino, sin mirar al espejo, sin mirar a la rueda? Pasamos unos tiempos en que nuestros más jóvenes novelistas, esos que creen que nada tienen que aprender, miran demasiado al instrumento que les hace escribir. Y el lector está un poco cansado de que le hablen del artilugio o de que el escritor se exhiba en su contemplación sin decirlo muy expresamente. Tampoco hay por qué correr.

Casi sin querer hemos tropezado con las orillas del secreto Miguel Delibes. La identificación en este cuento parece fácil, pero también delatadora. Nombre y apellidos del protagonista. Nombres de sus hijos, nombres de sus padres, nombre de su novia. Lugares exactos, exactísimos; nombres para que los pongamos nosotros, de las bicicletas: de la rebelde, de la triunfadora, de la enfermiza. Y contar, contar delgadamente, sin agobios, con pocas palabras o con muchas: con las justas palabras, para que el lector nos siga sin esfuerzo. También ante el niño, por creer que nos acercamos a él, nos agachamos hasta la ridiculez, hasta la enrarecedora *puerilidad*. Hay muchas maneras de despertar la imaginación; pero a veces no son convenientes las *imaginerías* —y recojo una acepción en la que todos nos entendemos, aunque no esté en nuestro diccionario—. Los niños siguen las aventuras de los gigantes —hoy son muy aficionados a los monstruos— y de las princesas con cucurucho, pero también les gusta seguir el «cuidado meticuloso de montar una rueda» y de arreglar un pinchazo y aprenderlo en un delicioso castellano: «utilizar los desmontables, sujetarlos a los radios, sacar la cámara, inflarla, meterla en un balde de agua, buscar la punzada, frotarla con lija, extender la disolución, orearla, quitar la membrana blanca del parche y aplicarlo...».

Excelentes los dibujos de Luis de Horna.

José GARCÍA NIETO
de la Real Academia Española

"le viene fallo"

11-VI-88



Agenda / Televisión

«Mi querida bicicleta» de Miguel Delibes

Miguel Delibes nos ofrece en este libro un fragmento de sus memorias. Para quienes conocen al novelista castellano, esta breve pincelada de su vida y la interpretación que le da será como un aperitivo para el libro de mayor empeño, pero tiene entidad por sí solo porque, curiosamente, nos descubre, la caza aparte, al Delibes deportista y observador del deporte.

Como siempre, encontramos en cada página el estilo personal, inconfundible y siempre elegante de nuestro novelista. Y la peripecia, rigurosamente contrastable, es sencilla como la vida misma pero, por ventura, muy divertida. El episodio del aprendizaje, las correrías por una ciudad todavía sin automóviles, la experiencia de la escalada, el noviazgo ciclista, los hijos aficionados contra los "federados"... algo más que apuntes.

Pues bien, lo sorprendente es que un literato de su prestigio se pasee por el mundo del ciclismo con la soltura

con que lo hace Delibes: habla de carretes automáticos, de sufrimiento y de todo eso que los comentaristas actuales nos endilgan en estos días, sólo que bien.

No es el caso de hacer un parangón, porque tampoco Delibes busca aquí tan ambiciosos vuelos, pero para niños y adultos, si hubiese que bautizar a la bicicleta de Delibes, habría que llamarla Platera.

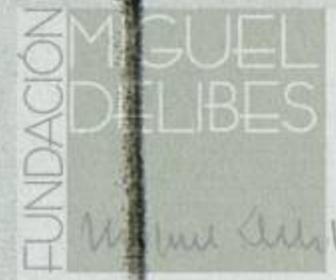
El libro está ilustrado con la gracia y expresividad que le caracterizan, por Luis de Horna, recientemente doctorado, por cierto, en la Facultad de Bellas Artes.

«Mi querida bicicleta» de Miguel Delibes. Ilustraciones: Luis de Horna, prólogo: Antonio Corral, colección: Las Campanas, nº 80 —Serie Novela—. Editorial Miñón.

Otras obras de Miguel Delibes en la misma colección:

—«Mi mundo y el mundo». Ilustraciones: González Collado. Las Campanas nº 14.

—«Tres pájaros de cuenta». Ilustraciones: Luis de Horna. Las Campanas nº 40.



La bicicleta de cada cual

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL



NOS vamos quedando cada vez con menos cosas. Suprimimos esto, lo otro, lo de más allá. O lo de más acá. De éste y otros acontecimientos nos iremos percatando lentamente. Nos gusta lo suave, lo cómodo, lo que no vocea, lo pequeño, lo fino, lo exquisito, lo delicado.

Con anticipación suficiente preguntamos qué comida tendremos hoy. Mi mujer, con cierta precaución, me va enumerando los platos. Y digo con cierta precaución, porque ya sabe que yo no daré el visto bueno a todos los alimentos que ella me va a decir. Hablo de todos los platos y de todos los alimentos, como si nuestra mesa de cada día fuese algo así como el festín de Baltasar. No. ¡Nada de eso! Un ligerísimo plato de entrada; el segundo plato, que es el principal; y el postre, un postre de fácil digestión y agradable paladar. No pocas veces, a medida que mi mujer va nombrando los platos, yo digo: «No, ése no.» «Ya no sé qué ponerte para que no te quejes.» ¿Tiene razón mi mujer? También yo la tengo. Al fin llegamos a un acuerdo, que hoy se denominaría el consenso.

Lo mismo, mutatis mutandis, me sucede en las lecturas. Para la selección de los libros que he de leer o de hojear cada día y cada noche, no necesito colaboración. La elección la hago por mi cuenta y riesgo. ¿Qué libros cogeré de mi biblioteca, para

la corta lectura de la antesiesta y de la antedormición de la noche? Cogeré libros pequeños, de hermosa morfología, con los tipos esbeltos, cuanto más grandes (más esbeltos) mejor. Ya mis ojos andan cansados, los pobres, y sería casi criminal que yo los sometiera al castigo de unas letras como hormigas, muy cerca las líneas entre sí, porque ello, en lugar de procurarme un delicioso placer, el placer de ir conciliando el sueño a paso de tortuga, me produciría una gran pesadez de párpados y de cabeza.

Estas lecturas de libros breves, bonitos por fuera y por dentro, suelen proporcionarme temas para mis artículos, de la misma manera —salvando diferencias— que a Lope de Vega le daban conceptos las rosas —mosquetas— de su pequeño jardín.

No se trata de que yo me apoye en esas lecturas para hacer la crítica de tales o cuales libros nuevos. Ya saben mis lectores que yo no hago crítica de libros. Es un compromiso que me he quitado de encima. Bastantes disgustos tiene uno —aunque yo no puedo quejarme de vivir cada día, sino dar gracias a Dios—, para que además seamos nosotros los que nos creamos problemas. ¡Quite, quite usted allá!

Mas la prohibición que me hice a mí mismo, se refiere a los libros como tales, no a la munición de vida peraltada que puede haber en algunos libros. Y en un

libro nuevo que acabo de leer, existe tal carga de vida que no me resisto a mencionarla, relacionándola con lo que fuera mi niñez y mi adolescencia, cuando me compraron la soñada bicicleta.

Es curioso. Yo le decía a mi padre que me regalara, no un triciclo. Lo que yo quería, y así se lo decía a mi padre, era una bici de dos ruedas. ¡Una bicicleta de dos ruedas! ¡Qué barbaridad! Tengan ustedes en cuenta que los niños son los niños y precisamente cuando estudian gramática no suelen saber una palabra de gramática. La sabrán luego, cuando ya no sean niños, sino personas mayores y la gramática se les haya incorporado a su organismo, metiéndose por las cañerías de sus vecinas, para dejar de ser una asignatura, un libro de texto, ya convertida la tal gramática en una categoría vital. ¿Está claro? Pues adelante.

Lo he pasado en grande leyendo el primoroso libro de Miguel Delibes titulado «Mi querida bicicleta.» Es una joya. Es un tesoro. Es una delicia. Como el libro es corto y su lectura me iba encantando y encandilando, lo que yo hacía era leer unas pocas páginas cada día, para que el gozo me durase más tiempo. Para los descansillos de la lectura, los sosegados márgenes, las blancas glorietas y unos dibujos verdaderamente estupendos y expresivos de Luis de Horna. ¡Eso, eso es lo

que yo quiero! Eso es lo que yo necesito. Eso es lo que a mí me entusiasma. A mi edad no se aguantan ya las pesadeces, las literaturas crípticas, ¡las tostadas!

Me daba en la cara la brisa de la lectura y de cuando en cuando me daba la risa. Sí, un ataque de risa. ¿No se reía a carcajadas el padre de Miguel Delibes cuando leía el Quijote? El billete de andén. ¿No era un absurdo? Por eso don Adolfo no lo sacaba nunca. «¡Autoridad!, decía mi padre con tal desparpajo que el portero no sólo nos dejaba a los ocho hermanos y a mi madre, sino que además le dedicaba a mi padre, que era el último de la fila, un par de reverencias.» ¿Hay quién dé más y mejor?

La bicicleta de cada cual. Porque yo también tuve mi bicicleta, como después tendría mi esmoquin. Estas y otras cosas al parecer vulgares marcan hitos en nuestra vida. No sé cómo me atrevo a escribir esta nota (no crítica de libro) después del magistral artículo que publicó en el Norte un sujeto que firmaba así: A.C.C. ¡Qué fácil adivinar el nombre del escritor que ocultaba su personalidad relevante con ese elegante antifaz de terciopelo! También yo podría contar mis aventuras de ciclista. Fui un experto ciclista. Pero lo dejaré para otra ocasión. Es medida de prudencia dejar siempre algo para mañana.

X El Norte de Castilla
1988-06-12

Grandes almacenes

Cantos de sirena para Sirera

● Rodolf Sirera, un buen autor teatral —con “El veneno del teatro” consiguió un notable éxito—, ha preferido lanzarse a la aventura de la vida, al menos durante un año, y ha pedido la excedencia hasta mediados de 1989 en su cargo de responsable del área de Teatro en la Consellería de Cultura. No todo el mundo es capaz de hacer una cosa así. Hay un refrán que dice: “No dejes lo que veas por lo que divises”. Sirera ha invertido el refrán (los refranes son muy conservadores) convocado por esa sirena llamada “arte escénico”.

● ¿Y quién sustituirá a Sirera en la parcela de poder que abandona? No está claro aún — como tampoco está claro quién sustituirá a Tomás Llorens en Patrimonio (¿acaso Carmen Aranegui?) y en el IVAM— pero los rumores, esa tentación continua del periodista, ya se han desatado. Se habla mucho del ascenso incontrolado de Antoni Tordera.

● Las ponencias del Congreso de Intelectuales y Artistas todavía no se han publicado. ¿Qué es lo que pasa, señor Muñoz Suay? “Es una faena de chinos y la transcripción de las mesas redondas nos está dando muchísimo trabajo”, dice el director de la Filmoteca. “En el próximo otoño saldrá el primer tomo.” En total serán cinco tomos/tomate (realmente, en el Congreso hubo mucho tomate, aunque poco te mato, salvo la salida de tono de un exaltado).

● Lo cuenta muy bien Josep María Castelllet en su estupendo libro “Los escenarios de la memoria” (Anagrama). La semblanza que



hace de Octavio Paz, incluidas las jornadas del Congreso, tiene mucha miga. Ese libro conviene leerlo, porque la mirada de Castellet sobre los personajes que retrata (Pla, Alberti, Aranguren, Pasolini...) es siempre respetuosa pero no siempre complaciente. Incluso me atrevería a decir que con Pla efectúa un elegante aunque severo ajuste de cuentas.

● La editorial Miñón publica un pequeño librito de Miguel Delibes de corte autobiográfico:

“Mi querida bicicleta”. En uno de los capítulos cuenta cuando se iba a cazar a los dieciocho años con su bici: “Desplazarse a cazar no era fácil por la impedimenta; en un vehículo tan esquemático como la bici había que acomodar la escopeta, el morral con la comida y los trebejos, más la perrita. Pero una cosa es decirlo y otra hacerlo, pues tuve un animal de buena estampa, que padecía de vértigo y a la segunda pedalada ya se había arrojado a la carretera”. No es por nada, pero el pasaje recuerda un poco a los relatos de Guillermo Brown. Un poco.

● En la Filmoteca Valenciana pasan mañana, a las ocho de la tarde, dos cortos muy interesantes dentro del ciclo de “Cinema y Futurismo”. Uno de ellos es “Ballet Mecanique”, realizado por el pintor Fernand Léger en 1924 (12 minutos) y el otro es “Esencia de verbena”, considerada la obra maestra del alucinado Ernesto Giménez Caballero (el corto dura también 12 minutos, y es de 1930). Giménez Caballero, un vanguardista que desembocó en el fascismo (destino bastante común a muchos futuristas, incluido el Gran Padre, Marinetti) tiene una obra que despierta tanta curiosidad como irritación.

● Ediciones Rialp publica “No te rindas ante...la deficiencia mental”. Los puntos suspensivos del título son tal cual. Sea como sea, ante algunos deficientes mentales agresivos, es difícil no perder la calma. De todas formas, intentaremos seguir el consejo.

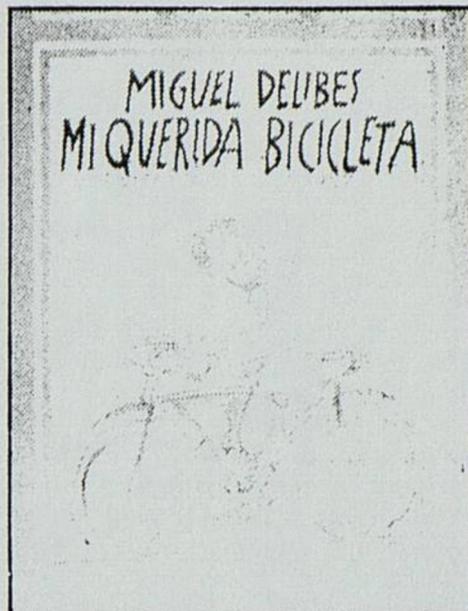
Rafa Mari

— Por Pepa SÁNCHEZ —

Diario del **Altoaragón**

HUESCA

Fecha: 17 JUN. 1988



Cuando leemos a M. Delibes estamos participando de algo que por terrible e inusitado que pueda parecer, se revela como revelación nuestra, como dominio al que parece que estamos destinados.

En sus relatos de caza nos incorpora a la aventura del cazador, y crea un lenguaje adaptado a cada lector en cada momento.

En este cuento, para niños y también para mayores, Delibes nos monta en bicicleta y juntos recorreremos innumerables paisajes, y vivimos innumerables aventuras.

Las bicicletas, sensibles y atractivas, misteriosas y difíciles unas veces, dóciles y duras otras, con sus enfermedades y sus tratamientos, creando soledades juntas, triunfos y derrotas personales, vienen a ser un símbolo, una responsabilidad y una liberación.

Excelentes los dibujos de Luis de Horna.

MI QUERIDA BICICLETA

Autór: Miguel Delibes

Editorial: Mijón

P.V.P.: 550 pesetas.

746
ALERTA

SANTANDER

Fecha: 18 JUN. 1988

MD

Delibes viaja en bicicleta

MIGUEL Delibes nos ofrece en este libro un fragmento de sus memorias. Para quienes conocen al novelista castellano, esta breve pincelada de su vida y la interpretación que le da será como un aperitivo para el libro de mayor empeño, pero tiene entidad por sí sola, porque, curiosamente, nos descubre, la caza aparte, al Delibes deportista y observador del deporte.

Como siempre, encontramos en cada página el estilo personal, inconfundible y siempre elegante de nuestro novelista. Y la pericia, rigurosamente contrastable, es sencilla como la vida misma, pero, por ventura, muy di-

vertida. El episodio del aprendizaje, las correrías por una ciudad todavía sin automóviles, la experiencia de la escalada, el noviazgo ciclista, los hijos aficionados contra los *federados*... algo más que apuntes.

Pues bien, lo sorprendente es que un literato de su prestigio se pasee por el mundo del ciclismo con la soltura con que lo hace Delibes: habla de carretes automáticos, de sufrimiento y de todo eso que los comentaristas actuales nos endilgan en estos días, sólo que bien.

No es el caso de hacer un parangón, porque tampoco Delibes busca aquí tan ambiciosos vuelos, pero para niños y adultos, si hubiese que bautizar a la



bicicleta de Delibes, habría que llamarla *Platera*.

El libro está ilustrado con la gracia y expresividad que la caracterizan, por Luis de Horna.

Miguel Delibes, 'Mi querida bicicleta', Editorial Miñón.



En "Mi querida bicicleta", Miguel Delibes hace un sentido elogio de la entrañable máquina de las dos ruedas; símbolo de la infancia.

Un delicioso elogio a la bicicleta del escritor y académico Miguel Delibes

D.C.

PALMA. — "Yo no hacía más que dar vueltas por los paseos laterales, a lo largo de la tapia, con regreso por el paseo central, pero, al franquear el cenador con su mesa y sus bancos de piedra, las enredaderas chorreando de las pérgolas, azotándome el rostro, vacilaba, la bicicleta hacía dos eses y estaba a punto de caer pero, finalmente, la enderezaba y volvía a pedalear y a respirar tranquilo: tenía el camino expedito hasta la vuelta siguiente".

Así comienza el *maestro* Miguel Delibes su delicioso elogio a la bicicleta y que acaba de publicar bajo el título de "Mi querida bicicleta"; un trabajo más del escritor y académico vallisoletano dedicado muy especialmente a la gente menuda.

Dice Antonio Corral Castanedo, prologuista de este libro de Miguel Delibes, que su autor "posee la virtud envidiable de ver las cosas, de contar las cosas, con esa profunda claridad de la infancia. Conservar dentro de la infancia, como él la conserva, es el único modo de que le comprendan a uno todos: los adultos y los niños."

Acerca de este opúsculo de Miguel Delibes —que ha editado Miñón e ilustrado Luis de Hor-

na—, pocas cosas más podrían decirse.

Se trata, sin lugar a dudas, de un muy valioso instrumento de estudio y trabajo para los jóvenes lectores que, de alguna forma, pretendan acercarse a la obra de uno de los más completos y profundos prosistas del ámbito literario español contemporáneo.

"Delibes —señala también Corral Castanedo —nos lleva montados en el soporte o en la barra de sus bicicletas a determinados momentos muy queridos de su existencia. Y lo hace pedaleando con humor, que es posiblemente la manera más seria de profundizar en los acontecimientos, abriéndoles de par en par para que, cada cual extraiga, al pensar libremente, sus propias conclusiones".

El otrora impenitente cazador y pescador que ha sido a lo largo de toda su vida Miguel Delibes, va decantándose poco a poco hacia relatos de connotaciones más ecológicas. Prueba inequívoca de que el escritor, tras tantos lustros de patear jaras y tomillos o vadear ríos está llegando, con pleno conocimiento de causa, a la compenetración con las más puras esencias de una Naturaleza acerca de la cual se muestra ahora más pesimista que nunca.

DIARIO DE MALLORCA

DM -- 19 de Junio de 1988



La Voz de Galicia

LA CORUÑA

20 JUN. 1988



PUBLICACIONES

«Mi querida bicicleta», de Miguel Delibes, Ed. Miñón.

Miguel Delibes ofrece en este libro un fragmento de sus memorias. Para quienes conocen al novelista, esta breve pincelada de su vida y la interpretación que le da es un aperitivo para la obra de mayor empeño, pero tiene entidad por sí sola ya que nos descubre, la caza aparte, al Delibes deportista y observador del deporte. Y ello con el estilo personal e inconfundible de siempre.

El episodio del aprendizaje, las correrías por la ciudad, la experiencia de la escalada, etc, son algo más que apuntes.

No es el caso de hacer un parangón, porque tampoco el escritor busca aquí tan ambiciosos vuelos, pero para niños y adultos, si hubiera que bautizar a la bicicleta de Miguel Delibes, habría que llamarla «Platera».

Este sencillo y divertido relato está ilustrado con singular gracia y expresividad por Luis de Horna.

H O Y

Badajoz, 20-Junio-1988



"Mi querida bicicleta", de M. Delibes

Miguel Delibes nos ofrece en este libro un fragmento de sus memorias. Para quienes conocen al novelista castellano, esta breve pincelada de su vida y la interpretación que el da será como un aperitivo para el libro de mayor empeño, pero tiene entidad por sí sola porque, curiosamente, nos descubre, la caza aparte, al Delibes deportista y observador del deporte.

Como siempre, encontramos en cada página el estilo personal, inconfundible y siempre elegante de nuestro novelista. Y la peripecia, rigurosamente contrastable,

es sencilla como la vida misma pero, por ventura, muy divertida. El episodio del aprendizaje, las correrías por una ciudad todavía sin automóviles, la experiencia de la escalada, el noviazgo ciclista, los hijos aficionados contra los "federados"... algo más que apuntes.

Pues bien, lo sorprendente es que un literato de su prestigio se pasee por el mundo del ciclismo con la soltura con que lo hace Delibes: habla de carretes automáticos, de sufrimiento y de todo eso que los comentaristas actuales nos endil-

gan en estos días, sólo que bien.

No es el caso de hacer parangón, porque tampoco Delibes busca aquí tan ambiciosos vuelos, pero para niños y adultos, si hubiese que bautizar a la bicicleta de Delibes, habría que llamarla Platera.

El libro está ilustrado con la gracia y expresividad que le caracterizan, por Luis de Horna, recientemente doctorado, por cierto, en la Facultad de Bellas Artes.

Mi querida bicicleta
Miguel Delibes
Ilustraciones: Luis de Horna



Portada de la obra de Delibes, publicada por Ed. Miñón.

Prólogo: Antonio Corral
Colección: Las Campanas
nº 80 - Serie novela
Editorial: Miñón.

Colaboración

Autobiografía ciclista de Miguel Delibes



RAMON GARCIA

PUEDE escribirse una autobiografía a lomos de una bicicleta? Miguel Delibes acaba de hacerlo en su reciente librito, de la Colección infantil «Las Campanas», «Mi querida bicicleta».

«Cada vez que decidía detenerme —cuenta Delibes en el primer capítulo, cuando montó por vez primera sobre dos ruedas siendo niño—, me asaltaba el temor de caerme y así seguí dando vueltas incansablemente hasta que el sol se puso y ya, sin pensármelo dos veces, arremetí contra un seto de boj, la bicicleta se atoró y yo me apeé tranquilamente».

Tal ocurre en el libro: Delibes agarra la bicicleta en la primera página y no se apea de ella —ahora ya sin «seto de boj» protector— hasta la última, no sin antes dar vueltas incansablemente a lo largo y ancho de su infancia, adolescencia, juventud y madurez (que ahora mismo, mientras el lector tiene noticia de este libro, puede que su autor pedalee por los pinares cercanos a Valladolid).

Se trata, pues, de una vuelta ciclista en torno a sí mismo, en la que las etapas

claves son, como ya dije, la infancia del escritor y el aprendizaje del manejo de la máquina; la adolescencia con el singular atractivo de no dejarse atrapar por los «guardias de la porra»; la primera juventud y las primeras competiciones ciclistas entre amigos o las iniciáticas partidas de caza con «el macuto en el manillar», en la barra la escopeta y detrás, en el soporte, la perrita»; los cien kilómetros entre Molledo-Portolín y Sedano (¡esto sí que era una auténtica etapa al uso de las grandes pruebas!) para ver a su novia Angeles; el viaje de luna de miel ya casado con ella estrenando la recién señora de Delibes una «Velox» francesa que el recién marido le regalara «además de la pulsera de pedida» y, finalmente, la práctica habitual del deporte del pedal que Miguel Delibes no ha abandonado ni a sus actuales sesenta y tantos años.

Pero es más: como «el gen ciclista de la familia —según escribe el propio novelista— seguiría manifestándose en las nuevas generaciones», el libro no se para en la propia experiencia, sino que consagra los

últimos capítulos a contarnos las peripecias ciclistas de sus hijos y hasta de sus nietos. Toda la familia Delibes, pues, amante, como el escritor, del aire libre y la vida deportiva, pedalea a lo largo del libro incansablemente con grandes y parejas dosis de temple y de buen humor.

¿Es éste un libro para niños? Claro que sí y claro que no. Quiero decir que no lo es exclusivamente. «Miñón» lo ha publicado para lectores infantiles, pero no habrá lector adulto de Delibes —de tantos incondicionales como tiene— que deje de leerlo y disfrutarlo. ¡Qué bien escrito está, qué gloria de lenguaje!

—«Claro, es que a Delibes no le cuesta» —comentaban— sus amigos, muchachos cuando su bicicleta coronaba la primera un repecho o hasta la cima de una empinada montaña.

—Qué facilidad la de Delibes para narrar, si parece que no le cuesta —podrá también proclamar un comentarista somero. «Yo mantenía la superchería —responde Delibes, refiriéndose a sus hazañas

escaladoras—. Pero a mí me costaba subir el repecho de Boecillo tanto como al que más. Y, al rebasar la cumbre el primero, me tumbaba boca abajo y sujetaba el corazón contra el suelo para que no se me escapase del pecho».

La depuración de estilo que ha conseguido Miguel Delibes a lo largo de su carrera literaria, y que se manifiesta en este sencillo librito como en cualquiera de sus grandes novelas, requiere, a mi entender, no sólo la maestría del genuino creador, sino también el tesón y la profesionalidad de quien trabaja el lenguaje día a día con afán de sacarle toda la pureza y brillantez que encierra. Delibes así lo ha hecho y lo sigue haciendo. Y por eso es reconocido no sólo como una de las voces narrativas más auténticas de nuestra literatura, sino también como uno de los artífices del lenguaje más escrupuloso e imaginativo.

1988-06-22

Nuevo libro del escritor vallisoletano

Miguel Delibes escribe para los niños



El autor rememora en «Mi querida bicicleta» el deporte favorito de su infancia

Madrid. Juan Cantavella

Con la solidez y la habilidad que le caracteriza, Miguel Delibes ha escrito un precioso relato para los niños, «Mi querida bicicleta», en el que describe la relación cordial que a lo largo de su infancia y juventud estableció con este medio de locomoción. El novelista y escritor vallisoletano se acerca de esta manera a los pequeños lectores, que no son a los que se dirige habitualmente, como han hecho también en los últimos años otros escritores como Camilo José Cela, Jesús Fernández Santos, Ana María Moix o Fernando Fernán-Gómez.

Pero, ¿ha escrito Delibes este libro para que le lean los niños? Quizá haya partido de este presupuesto, pero cabe la posibilidad de que no, que simplemente haya querido recrear unos recuerdos y si los hubiera presentado en otra colección no pensaríamos que se dirigía a un público infantil.

Porque lo importante es lo que narra y es tal la sencillez con que aborda el relato que niños y adultos pueden disfrutar por igual con los episodios que rememora o con las sensaciones que acierta a transmitir.

Qué maestría la de Delibes en el dominio de la narración. Cuenta en este libro cómo adquirió entre sus amigos pedaleantes cierta fama de escalador: «Dejaba pasar a mis amigos primero y, luego, les rebasaba como si nada, pedaleando a un ritmo loco, a toda velocidad. Claro, es que a Delibes no le cuesta», comentaban ellos.

Algo parecido ocurre con su trabajo literario. Después de disfrutar con la lectura de un librito como éste habrá indocumentados que exclamarán: «Claro, es que a Delibes no le cuesta», porque esa es la impresión que da, por la soltura con que maneja el len-

guaje y por la velocidad con que rebasa a sus compañeros. Pero ya sabe él lo que supone subir una cuesta a golpe de pedal, ascender en la admiración de los lectores a golpe de folio.

Una obra autobiográfica

Anunciaba en una reciente entrevista que se encontraba trabajando en un libro de memorias. «Mi vida al aire libre» era un título en el que había pensado para resumir el contenido de unas vivencias relacionadas con el deporte, la caza o sus días en contacto con la naturaleza.

El texto que ahora se publica podría constituir un capítulo más de esta obra autobiográfica, porque responde plenamente a los recuerdos que sustenta sobre otras épocas y a una actividad que se realizó como ninguna al aire libre.

No pretende dar lecciones a nadie cuando nos describe hechos y consideraciones del pasado, pero fácilmente se deducen de cuanto narra. En ello reside el mérito del escritor: que se puedan sacar consecuencias para la propia vida, cuando sólo hay descripciones de lo que sucedió a otro. Algo semejante ocurre con el lenguaje: sin ánimo de

apabullarnos con un castellano sólido y bien construido, del libro se desprenden una serie de términos y de frases que denotan al buen escritor.

Lenguaje preciso

Cuando se lamenta de su incapacidad para reparar un pinchazo de la rueda, por ejemplo, enumera de carrerilla todas las operaciones necesarias para este fin: «Utilizar los desmontables, sujetarlos a los radios, sacar la cámara, inflarla, meterla en un balde de agua, buscar la punzada, frotarla con lija, extender la disolución, orearla, quitar la membranita blanca del parche y aplicarlo». Sencillez, lenguaje preciso y sin exquisites fuera de lugar, ausencia de términos polivalentes que al final nada designan de tanto como abarcan. Y hasta los niños pueden entenderlo, al tiempo que se enriquecen por la propiedad con que se les habla.

Hay escritores —allá cada cual— que intentan adaptar su prosa y su vocabulario al público infantil. Delibes no parece rebajar sus planteamientos, pero seguro que cualquier pequeño lector puede comprender y disfrutar de



Ilustración de Luis de Horna para «Mi querida bicicleta»

la historia que este autor ha querido transmitirle.

No es fácil tal intento y algunos escritores de campañas no lo consiguen. Ahora hay varias colecciones que buscan este acercamiento a la literatura infantil por parte de autores que se mantenían al margen de ella. La misma editorial Miñón, donde Miguel Delibes publica «Mi querida bicicleta», lo ha intentado, en alguna ocasión.

Ediciones Anaya, con la colección «Luna de papel», ha incorporado novelistas como Jesús Fernández Santos, Juan Madrid o Fernando Fernán-Gómez. La editorial Debate cultiva esta línea con la colección «La nube en pantalones», que ha incluido textos de Cela, Juan Marsé, Oscar Wilde o Leonardo Sciascia. Algunos resultados son prometedores; otros, lamentables.

746

EL CORREO ESPAÑOL

BILBAO

22 JUN. 1988



746

● **Mi querida bicicleta.** Miguel Delibes nos ofrece en este libro un fragmento de sus memorias. Para quienes conocen al novelista castellano, esta breve pincelada de su vida y la interpretación que le da será como un aperitivo para el libro de mayor empeño, pero tiene entidad por sí sola porque, curiosamente, nos descubre, la caza aparte, al Delibes deportista y observador del deporte. Como siempre, encontramos en cada página el estilo personal, inconfundible y siempre elegante del novelista.

«Mi querida bicicleta. Miguel Delibes. Editorial Miñón, colección Las Campanas.»

Fecha: 22 JUN. 1988

Miguel Delibes



■ «Mi querida bicicleta», un relato autobiográfico

Con la solidez y la habilidad que le caracteriza, Miguel Delibes ha escrito un precioso relato para los niños. «Mi querida bicicleta» en la que describe la relación cordial que a lo largo de su infancia y juventud estableció con este medio de locomoción. El novelista y escritor valisoleño se acerca de esta manera a los pequeños lectores, que no son a los que se dirige habitualmente, como han hecho también en los últimos años otros escritores como Camilo José Cela, Jesús Fernández Santos, Anamaria Moix o Fernando Fernán-Gómez.

Pero, ¿ha escrito Delibes este libro para que lo lean los niños? Quizá haya partido de este presupuesto, pero cabe la posibilidad de que no, que simplemente haya querido recrear unos recuerdos y si los hubiera presentado en otra colección no pensaríamos que se dirigía a un público infantil. Porque lo importante es lo que narra y es tal la sencillez con que aborda el relato que niños y adultos pueden disfrutar por igual con los episodios que rememora o con las sensaciones que acierta a transmitir.

¡Qué maestría la de Delibes en el dominio de la narración! Cuenta en este libro cómo adquirió entre sus amigos pedaleantes cierta fama de escalador: «dejaba pasar a mis amigos primero y, luego les rebasaba como si nada pedaleando a un ritmo loco, a toda velocidad —claro, es que a Delibes no le cuesta— comentaban ellos». Algo parecido ocurre con su trabajo literario. Después de disfrutar con la lectura de un librito como éste habrá indocumentados que exclamarán: «Claro, es que a Delibes no le cuesta», porque esa es la impresión que da, por la soltura con que maneja el lenguaje y por la velocidad con que rebasa a sus compañeros. Pero ya sabe él lo que supone subir una cuesta a golpe de pedal, ascender en la admi-



ración de los lectores a golpe de folio.

Anunciaba en una reciente entrevista que se encontraba trabajando en un libro de memorias. «Mi vida al aire libre» era un título en el que había pensando para resumir el contenido de unas vivencias relacionadas con el deporte, la caza o sus días en contacto con la naturaleza. El texto que ahora se publica podría constituir un capítulo más de esta obra autobiográfica, porque responde plenamente a los recuerdos que sustenta sobre otras épocas y a una actividad que se realizó como ninguna al aire libre.

No pretende dar lecciones a nadie cuando nos describe hechos y consideraciones del pa-

sado, pero fácilmente se deducen de cuanto narra. En ello reside el mérito del escritor: que se puedan sacar consecuencias para la propia vida, cuando sólo hay descripciones de lo que sucedió a otro. Algo semejante ocurre con el lenguaje: sin ánimo de apabullarnos con un castellano sólido y bien construido, del libro se desprenden una serie de términos y de frases que denotan al buen escritor.

Cuando se lamenta de su incapacidad para reparar un pinchazo de la rueda, por ejemplo, enumera de carrerilla todas las operaciones necesarias para este fin: «utilizar los desmontables, sujetarlos a los radios, sacar la cámara, inflarla, meterla en un balde de agua, ...».

I N F O R M A C I O N

Alicante, 24-Junio-1988



● la estantería

- Título: Mi querida bicicleta.
- Autor: Miguel Delibes.
- Editorial: Miñón.

Miguel Delibes nos ofrece en este libro un fragmento de sus memorias. Para quienes conocen al novelista castellano, esta breve pincelada de su vida y la interpretación que le da será como un aperitivo para el libro de mayor empeño, pero tiene entidad por sí sola porque, curiosamente, nos descubre, la caza aparte, al Delibes deportista y observador del deporte.

Como siempre, encontramos en cada página el estilo personal, inconfundible y siempre elegante de nuestro novelista. Y la peripecia, rigurosamente contrastable, es sencilla como la vida misma pero, por ventura, muy divertida. El episodio del aprendizaje, las correrías por una ciudad todavía sin automóviles, la experiencia de la escalada, el noviazgo ciclista, los hijos aficionados contra los «federados»... algo más que apuntes.

Pues bien, lo sorprendente es que un literato de su prestigio se pasee por el mundo del ciclismo con la soltura con que lo hace Delibes: habla de carretes automáticos, de sufrimiento y de todo eso que los comentaristas actuales nos endilgan en estos días, sólo que bien.

No es el caso de hacer un parangón, porque tampoco Delibes busca aquí tan ambiciosos vuelos



EL PAIS

26-Junio-1988



Mi querida bicicleta

Miguel Delibes. Prólogo de Antonio Corral Castanedo. Ilustraciones de Luis de Horna. Editorial Miñón, Valladolid, 1988. 59 páginas. 550 pesetas.

JUAN CARLOS SUÑEN

Con toda la sabiduría que una dilatada y acertada carrera literaria le proporciona, Miguel Delibes (que no es primerizo en ese difícil género de la literatura juvenil) rinde con este relato un, merecidísimo homenaje a esa sabia y modesta combinación de deporte, placer, utilidad, aventura y economía, de juguete y vehículo: la bicicleta.

Y lo hace como mejor podía hacerlo, construyendo un texto que también es, a un tiempo, juguete (por su carácter abierto, su buen humor, su intención distendida y amable) y vehículo (vehículo del recuerdo, en este caso, que nos conduce a momentos autobiográficos). Delibes no sólo escoge a la perfección esos instantes mágicos, sino que nos comunica con acierto un mensaje que no es tal, sino el reflejo mismo de la ternura que el lector irá poniendo entre líneas. Y lo hace sin efusiones inútiles, ciñéndose a la historia que nos quiere contar y dejando que sea la propia realidad la que nos muestre su potencia poética.

Historia de todos

Vehículo de crecimiento. La bicicleta, tan alegremente conducida por Delibes, nos irá paseando por la historia de todos, desde las arbitrarias persecuciones del *guardia de la porra* hasta las visitas a la novia, desde el baño en el río hasta los nombres míticos del ciclismo deportivo, en una sucesión de *aventuras* cuya sencillez y humanidad nos roba el corazón ya en las primeras líneas, en las que asistimos al acontecimiento iniciático de la primera vez, y no nos lo devuelve hasta las últimas páginas, en las que, tras hablarnos de las tribulaciones mecánicas, asistimos al espectacular triunfo de Juan sobre los atildados *federados* dispuestos a robar el primer puesto de la Sedano-Covanera-Sedano a los aficionados locales. Entre tanto, la bicicleta ha sido muchas cosas, pero sobre todo una: la posibilidad de emprender un aprendizaje, el del precio de la independencia, inseparable de la autoestima, de la valoración del propio esfuerzo, de la dignidad del que sabe sufrir sin aspavientos.

Aunque la colección está dirigida a los chavales entre los seis y los 14 años y el libro se recomienda (muy acertadamente) para lectores de más de nueve, su lectura no sólo no estorbará, sino que agradecerá, estamos seguros, a todos aquellos que alguna vez se sintieron dueños del mundo mientras ("la bicicleta rodando sola") cantaban a voz en cuello, disfrutando del sol y de la brisa tibia sin temor de ser escuchados por nadie (o para decirlo en palabras del prologuista, Antonio Corral Castanedo, a todos aquellos que han sabido "conservar dentro la infancia").

El gran escritor castellano vuelve de nuevo al mundo infantil.



libros

Delibes para niños

Desde hace unos pocos años, grandes y reconocidos escritores españoles han decidido poner su talento, su fantasía y su arte al alcance de los niños. Por eso ahora mismo hay en las librerías una importantísima literatura, y con letras mayúsculas, para los pequeños.

El indiscutible novelista castellano Miguel Delibes, autor de tantas obras magistrales, fue de los primeros en esta tarea, y con gran éxito. Después de «Mi mundo y el mundo» y «Tres pájaros de cuenta», publica ahora «Mi querida bicicleta» (Ed. Miñón), donde resulta que Delibes no entiende sólo de literatura y de caza, sino también de ciclismo. De ciclismo infantil, en realidad. Como si se tratase de un fragmento de sus Memorias, y contadas al oído de los que ahora tienen la edad que el escritor tuvo en el tiempo del relato, Delibes repasa algunas aventuras de su infancia a golpe de pedal. Con amor y con humor. Es una novela, no hace falta decirlo, muy bien escrita, pero también muy divertida, llena de nostalgia y de ternura. La vieja «Velox» tiene un alma que renace para entretenimiento y amistad de los chavales de hoy, en los paisajes habituales del narrador vallisoletano. Además, viene acompañada de unos preciosos dibujos de Luis de Horna. Al final de los problemáticos exámenes, es un estupendo regalo disfrutar con este libro.

3



FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES SUPLEMENTO SEMANAL/26 de junio de 1988

e Frutos (fiestas populares), Antonio García Rayo (cine) y Miguel Vázquez (coches) y Eva Peñalver (viajes y teatro).

MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes



La bicicleta de Miguel Delibes: Mi querida bicicleta

Alfonso García

Intentar descubrir la prosa de Delibes puede resultar una pedería de tomo y lomo. No lo parece reincidir en la asombrosa facilidad con que escribe. Su prosa de transparencia tiene también aquí, en este libro pensado para jóvenes lectores y extensible a los no tanto, una cita. Una cita para volver, por los vericuetos de la memoria, a la infancia. Delibes cuenta las cosas de su infancia con la claridad de entonces. «Delibes —dice Antonio Corral Castanedo— posee la virtud envidiable de ver las cosas, de contar las cosas, con esa profunda claridad de la infancia».

Nada mejor para hacer ese recorrido que una bicicleta. A través de ella, las lógicas derivaciones envolventes y coincidentes con el momento al que se refiere. En este sentido, el libro es algo más que unos apuntes: Es una pieza de mosaicos multicolores que aprisiona, con la elegancia del novelista de lujo, una visión de la peripecia vital; muy divertida por cierto. Los primeros años de su vida, aprendiz, como casi todos, de ciclista, bajo la mirada del padre y las primeras desobediencias de seguridad. O la adolescencia, cuando, correteando en bicicleta, «me sentía como una especie de Al Capone, en Chicago, perseguido vanamente por toda la Policía de la ciudad». Todos tenemos, sin duda, la experiencia de cómo la actitud hacia un objeto varía según los años, quizá las necesidades. Y si hasta el momento la bicicleta había sido para Delibes un deporte, se convirtió, a partir de los dieciocho años, «en un medio de locomoción»: Para ir a cazar, a pescar, a ver a la novia... No se puede olvidar lo que él recuerda:

MD

Filandón

INFANTIL-JUVENIL



«Aquellos primeros años de la década de los cuarenta, con el país arruinado, sin automóviles ni carburante, fueron el reinado de la bicicleta».

Quizá todo esto sea la anécdota. Es posible. Detrás hay una vitalidad, una gracia insuperables, una dimensión del escritor que conoce con soltura el lenguaje del ciclismo —como ocurre con la pesca o la caza—, una sencillez que nos acerca irremediablemente a la lectura, una pincelada singular y desconocida de su vida.

El resultado es, sencillamente, una lectura deliciosa. Nada mejor puede decirse, a no ser que la guinda de la ilustración la pone Luis de Horna: Plumillas esquemáticas, de trazos esenciales y el rasgo firme y sugerente del ilustrador salmantino. Todo lo dicho sugiera una lectura que, como las bicicletas, es buena para el verano.

Mi querida bicicleta, Miguel Delibes. Ilustraciones: Luis de Horna. Ed. Miñón (Col. Las Campanas), Valladolid, 1988. 60 págs. A partir de 9 años.

Juego en busca del juego

La invención verbal llevada a sus últimas consecuencias

El doble del doble

Justo Navarro. Seix Barral. Barcelona, 1988. 141 páginas. 850 pesetas.

LEOPOLDO AZANCOT
El doble del doble guarda con una cierta modernidad, con el *ersatz* de modernidad que hoy extravía a tantos, la misma relación que *Los cantos de Maldoror* guardaban con esa corriente del romanticismo francés en la cual se inscribían tanto los frenéticos y el peor Victor Hugo como los cultores de la novela-folletín: una relación paródica que implica un jugar el juego con la mayor brillantez pero haciendo ver en todo momento que se trata de un juego y un exacerbar lo distintivo de ese *ersatz* de modernidad con objeto de hacer cobrar conciencia de la distancia que lo separa de lo auténtico.

Conceptos

Para empezar, Justo Navarro pone en *solfa* —mediante el simple expediente de llevarlo a sus últimas consecuencias— ese concepto de novela, compartido hoy por tantos, que desvaloriza lo estrictamente novelesco —la creación de personajes dotados de autonomía, de complejidad, de profundidad y de la capacidad de evolucionar; la búsqueda del sentido del mundo y de la vida, la fundación de una realidad nueva por vía narrativa— por considerarlo no artístico, y postula la necesidad de conferir a la novela el estatuto de la obra de arte mediante el recurso espurio de aplicar a su tejido verbal las técnicas de la poesía —el apartamiento de la norma lingüística, de esa norma que en verdad no existe, es tenido por el único criterio válido para medir la artísticidad de cada novela concreta—.

Lleva a cabo, en consecuencia, una potenciación extrema de la invención verbal, que sirve para poner de manifiesto la exigüidad y la



RAÚL

banalidad, también extremas, de la base novelesca sobre la cual se alza la superestructura de esa invención, y abusa, al modo proustiano, de las metáforas, de unas metáforas que son *pastiches* de esas metáforas proustianas que carecen de justificación orgánica y que son antiestructurales, por así decir: metáforas decorativas o de puro adorno, y metáforas embusteras, que ponen una máscara de plata o lapislázuli sobre el rostro de la podredumbre.

Conscientes de que la hinchazón verbal a partir de la nada genera un tedio invencible, muchos novelistas seudomodernos intentan combatir éste dotando a sus libros de una intriga ajustada a las reglas de la novela popular que sirva para distraer al lector. Justo Navarro hace lo mismo —tomando, quizá, como modelo a Maurice Leblanc—, pero, obviamente, con un innegable distanciamiento irónico, sin voluntad de engaño, y se sirve de los

mismos trucos que aquellos a quienes hace objeto de su parodia utilizan para camuflar los pilares estéticos de papel de sus bodrios presuntuosos —si bien, con una elegancia de la que los otros carecen—: coquetea con temas tan en boga como el del tiempo —desde Proust, el *dada* preferido de los intelectuales que sueñan con escribir una novela— y del del doble —desde Hoffmann y Dostoievski, una verdadera obsesión para quienes no aceptan su propia insignificancia—, pero sin mantener con ellos un contacto íntimo del que pudiera seguirse el parto de revelación alguna sobre lo que verdaderamente son y significan; y crea falsos misterios con medios de fortuna tales como ofrecer información insuficiente —el lector se ve obligado así a rellenar con su imaginación los huecos con que se topa, lo cual alimenta su ilusión de que participa en el proceso de creación, de que el autor le concede un papel activo en el mismo—, como dotar a los personajes de rasgos psicológicos incompatibles entre sí que crean una falsa sensación de volumen —el lector ve complejidad donde sólo hay mangancia, y acaba, enloquecido, por atribuir a los personajes en cuestión una profundidad que él no se considera capaz de explorar, sin advertir que ésta no existe—, como atribuir trascendencia a lo que no la tiene —la estética del cuesco floreado, hoy tan en boga, hace que el lector ingenuo tome por trueno lo que es mera ventosidad indecorosa—, como, en fin, hacer un *puzzle* de la historia que se cuenta con objeto de que el lector crea que el autor ha procedido a desmontar la realidad y que, de conseguir él ordenar las piezas que se le ofrecen confusamente entremezcladas, descubriría los secretos últimos del universo.

El resultado de todo ello es un libro muy bien contado y escrito, pleno de humor y sin parejo en nuestra literatura reciente.

tacto con la sociedad humana representa un desvío respecto a esa renuncia y agudiza la sensación de la propia individualidad, que siempre es dolorosa". Hablando de Nietzsche, la emperatriz exclama en un momento determinado: "El auténtico superhombre sería aquel que se olvidara de que es un hombre".

Matices

Los otros textos reunidos en el libro matizan la figura de la emperatriz. Maurice Barrés recapitula las decepciones y los golpes que la vida le otorgó.

Cioran subraya el carácter innato de la lúcida deserción en que transcurrió su vida.

Paul Morand dibuja claroscuros de interés: su pasión por los caballos; su perpetua fuga de Viena; su conexión con las inquietudes culturales de la época; su conducta, caprichosa mezcla de millonaria americana y princesa rusa; su preocupación por la originalidad y por el peso; su cariñosa relación sin amor con el emperador Francisco José; sus visitas a los asilos de alienados; sus costosos viajes y su frugalidad de los años anteriores a la muerte, que siempre abrazó como su verdadero y único destino.



Elisabeth de Austria (Sissi).

más grandeza que en la salida del sol. Con el estilo propio de su rango, Sissi pertenece al clan de los renunciantes, y al expresar con nitidez lo fundamental, alcanza la elevación de algunos sabios: "Lo nunca realizado es superior a cualquier hecho. Es el estado de verdad en el paraíso de la eterna existencia, mientras que el hecho es la expulsión de ese paraíso y el acceso a la fugacidad". Otorgar valor al trastorno que supone lo humano es un error: "Cualquier con-

Vale más el dolor que la vida

Recuerdos sobre una emperatriz

Sissi

Constantin Christomanos. Textos de Ludwig Klages, Maurice Barrés, Paul Morand y E. M. Cioran. Varios traductores. 214 páginas. 950 pesetas.

JOSÉ ANTONIO UGALDE
 Elisabeth de Austria fue ya en vida una mujer legendaria. Aseginada en 1898, se convirtió en objeto de multitud de estudios biográficos que intensificaron y a veces edulcoraron la leyenda. Más tarde, el cine nos ofreció una imagen-pastel de Sissi. Entre los testimonios de quienes la conocieron pronto destacó por su delicadeza el diario de su profesor de griego, que reúne impresiones, conversaciones y recuerdos de la emperatriz. El libro se publicó el mismo año de la muerte de esta mujer singular, adquirió rápida celebridad en círculos restringidos y luego cayó en el olvido hasta su reciente rescate.

Las notas de Christomanos exhalan un lirismo desatado por

la radiante figura de Sissi, que ya madura deslumbró al joven griego. Enamorado de su taciturna sensibilidad, de su forma de andar o de beber ("Recuerda a las mariposas que se embriagan en los cálices"), de su manera de relacionarse con los seres y la naturaleza, los recuerdos de Christomanos adquieren *esprit*: nos revelan los gestos y palabras de una mujer que huyó de la corte, rechazó las cadenas del redil humano y vivió entregada a los jardines de su íntimo desconsuelo bajo la advocación de Aquiles moribundo, para quien "su dolor era más valioso que la vida entera".

Tristezas

La expresión de esa melancólica tristeza que Elisabeth aprecia en el mar, en los árboles, en los animales y en algunas criaturas humanas hermosas es el eje del libro: en ese desconsuelo primordial de la existencia reside de la belleza; en la inanidad hay

Vehículos



Mi querida bicicleta

Miguel Delibes. Prólogo de Antonio Corral Castanedo. Ilustraciones de Luis de Horna. Editorial Miñón. Valladolid, 1988. 59 páginas. 550 pesetas.

JUAN CARLOS SUÑÉN

Con toda la sabiduría que una dilatada y acertada carrera literaria le proporciona, Miguel Delibes (que no es primerizo en ese difícil género de la literatura juvenil) rinde con este relato un, mercedísimo homenaje a esa sabia y modesta combinación de deporte, placer, utilidad, aventura y economía, de juguete y vehículo: la bicicleta.

Y lo hace como mejor podía hacerlo, construyendo un texto que también es, a un tiempo, juguete (por su carácter abierto, su buen humor, su intención distendida y amable) y vehículo (vehículo del recuerdo, en este caso, que nos conduce a momentos autobiográficos). Delibes no sólo escoge a la perfección esos instantes mágicos, sino que nos comunica con acierto un mensaje que no es tal, sino el reflejo mismo de la ternura que el lector irá poniendo entre líneas. Y lo hace sin efusiones inútiles, ciñéndose a la historia que nos quiere contar y dejando que sea la propia realidad la que nos muestre su potencia poética.

Historia de todos

Vehículo de crecimiento. La bicicleta, tan alegremente conducida por Delibes, nos irá paseando por la historia de todos, desde las arbitrarias persecuciones del *guardia de la porra* hasta las visitas a la novia, desde el baño en el río hasta los nombres míticos del ciclismo deportivo, en una sucesión de *aventuras* cuya sencillez y humanidad nos roba el corazón ya en las primeras líneas, en las que asistimos al acontecimiento iniciático de la primera vez, y no nos lo devuelve hasta las últimas páginas, en las que, tras hablarnos de las tribulaciones mecánicas, asistimos al espectacular triunfo de Juan sobre los atildados *federados* dispuestos a robar el primer puesto de la Sedano-Covanera-Sedano a los aficionados locales. Entre tanto, la bicicleta ha sido muchas cosas, pero sobre todo una: la posibilidad de emprender un aprendizaje, el del precio de la independencia, inseparable de la autoestima, de la valoración del propio esfuerzo, de la dignidad del que sabe sufrir sin aspavientos.

Aunque la colección está dirigida a los chavales entre los seis y los 14 años y el libro se recomienda (muy acertadamente) para lectores de más de nueve, su lectura no sólo no estorbará, sino que agrará, estamos seguros, a todos aquellos que alguna vez se sintieron dueños del mundo mientras ("la bicicleta rodando sola") cantaban a voz en cuello, disfrutando del sol y de la brisa tibia sin temor de ser escuchados por nadie (o para decirlo en palabras del prologuista, Antonio Corral Castanedo, a todos aquellos que han sabido "conservar dentro la infancia").

Fecha: 26 JUN. 1988

Un libro cada semana**Delibes, para niños
y mayores**

«Mi querida bicicleta», Miguel Delibes. Editorial Miñón. Valladolid.

Con la solidez y la habilidad que le caracterizan, Miguel Delibes ha escrito un precioso relato para los niños, «Mi querida bicicleta», en la que describe la relación cordial que a lo largo de su infancia y juventud estableció con este medio de locomoción. El novelista y escritor vallisoletano se acerca de esta manera a los pequeños lectores, que no son a los que se dirige habitualmente, como han hecho también en los últimos años otros escritores como Camilo José Cela, Jesús Fernández Santos, Ana María Moix o Fernando Fernán-Gómez.

Pero, ¿ha escrito Delibes este libro para que le lean los niños? Quizás haya partido de este presupuesto, pero cabe la posibilidad de que no, que simplemente haya querido recrear unos recuerdos y si los hubiera presentado en otra colección no pensaríamos que se dirigía a un público infantil. Porque lo importante es lo que narra y es tal la sencillez con que aborda el relato que niños y adultos pueden disfrutar por igual con los episodios que rememora o con las sensaciones que acierta a transmitir.

¡Qué maestría la de Delibes en el dominio de la narración! Cuenta en este libro cómo adquirió entre sus amigos pedaleantes cierta fama de escalador: «dejaba pasar a mis amigos primero y, luego les rebasaba como si nada, pedaleando a un ritmo loco, a toda velocidad: —Claro, es que a Delibes no le cuesta—, comentaban ellos». Algo parecido ocurre con su trabajo literario. Después de disfrutar con la lectura de un librito como éste habrá indocumentados que exclamarán: «Claro, es que a Delibes no le cuesta», porque esa es la impresión que da, por la soltura con que maneja el lenguaje y por la velocidad con que rebasa a sus compañeros. Pero ya sabe él lo que supone subir una cuesta a golpe de pedal, ascender en la admiración de los lectores a golpe de folio.

Anunciaba en una reciente en-

trevista que se encontraba trabajando en un libro de memorias. «Mi vida al aire libre» era un título en el que había pensado para resumir el contenido de unas vivencias relacionadas con el deporte, la caza o sus días en contacto con la naturaleza. El texto que ahora se publica podría constituir un capítulo más de esta obra autobiográfica, porque responde plenamente a los recuerdos que sustenta sobre otras épocas y a una actividad que se realizó como ninguna al aire libre.

No pretende dar lecciones a nadie cuando nos describe hechos y consideraciones del pasado, pero fácilmente se deducen de cuanto narra. En ello reside el mérito del escritor: que se puedan sacar consecuencias para la propia vida, cuando sólo hay descripciones de lo que sucedió a otro. Algo semejante ocurre con el lenguaje; sin ánimo de apabullarnos con un castellano sólido y bien construido, del libro se desprenden una serie de términos y de frases que denotan al buen escritor.

Cuando se lamenta de su incapacidad para reparar un pinchazo de la rueda, por ejemplo, enumera de carrerilla todas las operaciones necesarias para este fin: «Utilizar los desmontables, sujetarlos a los radios, sacar la cámara, inflarla, meterla en un balde de agua, buscar la punzada, frotarle con lija, extender la disolución, orearla, quitar la membranita blanca del parche y aplicarlo». Sencillez, lenguaje preciso, sin exquisiteces fuera de lugar, ausencia de términos polivalentes que al final nada designan de tanto como chocan. Y hasta los niños pueden entenderlo, al tiempo que se enriquecen por la propiedad con que se les habla.

Hay escritores —¡allá cada cual!— que intentan adaptar su prosa y su vocabulario al público infantil. Delibes no parece rebajar sus planteamientos, pero seguro que cualquier pequeño lector puede comprender y disfrutar de la historia que este autor ha querido transmitirle.

Juan CANTAVELLA



N.º 757
 JULIO-AGOSTO
 150 PTAS.

crónica



Para cualquier lector, de cualquier edad y de cualquier parte, Miguel Delibes nos regala con un escrito autobiográfico y original: *Mi querida bicicleta* (Miñón). Cada página, cada episodio vivido por el autor y protagonizado por su medio de locomoción nos descubre la calidad literaria de Delibes, la fuerza contagiosa de su observación, la valoración detallada de los lugares, la gracia y la reacción de los hombres, el modo de entender la vida y de agradecerla. Bienvenido Delibes en bicicleta para hacernos pedalear en la bicicleta de la alegría y de la solidaridad.

— MERCEDES GOMEZ DEL MANZANO
 N.º 757 - Julio-Agosto 1988

Fecha:

5 JUL 1988

7 JUL 88

LITERATURA INFANTIL

Pedaleando con Delibes

BELMONTE SERRANO

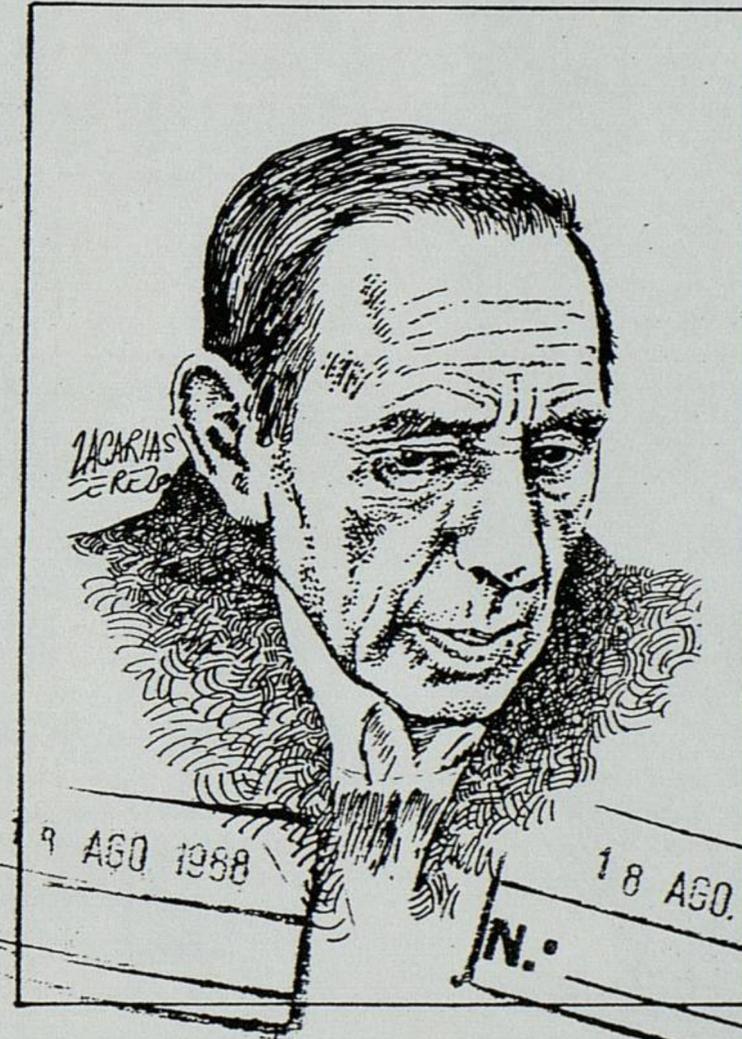
En *Mi querida bicicleta* * Miguel Delibes nos ofrece, como ya es habitual en la mayor parte de sus páginas literarias, un fragmento de sus memorias. Para quienes conocen al novelista castellano, esta breve pincelada de su vida y la interpretación que le da será como un aperitivo para otros libros de mayor empeño, de más alto vuelo. Pero aun así posee entidad en sí mismo porque, curiosamente, nos descubre al Delibes deportista y observador del deporte. A un curioso Delibes que, como Antonio Corral indica en el breve prólogo que antecede a la obra, no se arredra ante ningún Tourmalet.

En cada una de estas páginas hallamos el estilo personal, inconfundible y siempre elegante del novelista vallisoletano. La peripecia, rigurosamente contrastable, es sencilla como la vida misma, aunque sin faltar —no podía ser menos en libros

destinados a un público tan joven— las acciones divertidas. El episodio del aprendizaje, las correrías por una ciudad todavía sin automóviles, la experiencia de la escalada, el noviazgo ciclista, los hijos aficionados contra los «federados»... algo más que meros apuntes.

Lo sorprendente es que un literato de su prestigio se pasee por el mundo del ciclismo con la soltura con que lo hace el mismísimo Perico Delgado: habla de carretes automáticos, de sufrimientos y de todo eso que los habituales comentaristas actuales —Angel María de Pablos y compañía— nos endilgan en estos días, sólo que con mayor maestría, desde luego; utilizando todos esos resortes que él siempre tiene a su alcance, con esa facilidad asombrosa para encontrar la palabra justa, con una envidiable economía del lenguaje.

No es ahora momento de hacer un parangón, porque tampoco Delibes busca con su *Que-*



rida bicicleta tan ambiciosos vuelos, pero para niños y adultos, si hubiese que bautizar a la bicicleta de don Miguel, habría que llamarla «Platera», o algo por el estilo.

El libro está ilustrado con la gracia, expresividad y fineza que

le caracteriza por Luis Luis de Horna.

(*).— MIGUEL DELIBES: *Mi querida bicicleta*. Colección «Las Campanas», N.º 80. Editorial Miñón, Valladolid, 1988, 59 págs. Prólogo: Antonio Corral. Ilustraciones: Luis de Horna.

I N F O R M A C I O N

Alicante, 3-Julio- 1988

● Editorial **Minón**. Renovada la colección «Las Campanas», la más popular de esta editorial de reconocida trayectoria y prestigio en el ámbito de la literatura infantil, presenta en diversos colores, según su contenido: novela, teatro o poesía. Edita como libro estrella para este verano: «**Mi querida bicicleta**» libro para todas las edades pues la buena prosa no necesita enseñar el carnet de identidad... Experiencias, sueños, recuerdos y proyectos narrados en clave de humor constituyen esta nueva muestra del buen hacer literario de Miguel Delibes.



071
**BLANCO
Y
NEGRO**

3 de Julio de 1988

TU BIBLIOTECA

MD



Miguel Delibes. «Mi querida bicicleta». Editorial Miñón. Miguel Delibes ofrece en esta ocasión un fragmento de sus memorias escrito para lectores jóvenes de nueve años en adelante. Con su estilo inconfundible, el autor recorre montado en el soporte o en la barra de sus bicicletas algunos de los momentos más entrañables de su vida. En el libro no faltan, por supuesto, ni el humor ni los episodios profundos, el encuentro con su novia, las excursiones con los amigos. El libro se lee de un tirón y merece la pena fijarse muy bien en las estupendas ilustraciones de Luis de Horna.

tos más entrañables de su vida. En el libro no faltan, por supuesto, ni el humor ni los episodios profundos, el encuentro con su novia, las excursiones con los amigos. El libro se lee de un tirón y merece la pena fijarse muy bien en las estupendas ilustraciones de Luis de Horna.

EL ADELANTADO DE SEGOVIA.—



JUEVES 7 DE JULIO DE 1988

«MI QUERIDA BICICLETA»

Un relato corto de Miguel Delibes. Todo está dicho. El maestro Delibes ha tomado a la bicicleta como personaje central de esta novelita en la que vierte, una vez más, toda la gran sencillez de su maestría narrativa. Un relato que se lee de un tirón, porque Delibes, con su bella prosa, exenta de malabarismos retóricos, hace llegar la vida de sus personajes al lector, al que, en esta narración, hace también protagonista porque al leerla nos imaginamos que somos nosotros mismos los que utilizamos la bicicleta. El libro lleva ilustraciones de Luis de Horna (Edita Miñón. Col. Las Campanas).

Caceres, 9 de Julio de 1988

cultura

Novedades de literatura infantil y juvenil: Vacaciones 1988

PABLO BARRENA GARCIA

Entre el aluvión de novedades de interés acumuladas a lo largo del año, merece la pena destacar «Mi querida bicicleta», de Miguel Delibes, libro publicado recientemente en la colección de «Las Campanas» de editorial Miñón. El autor, amigo de las cosas sencillas, naturales, da fe aquí de su afición por este agradable deporte. Es una manifestación clara de algunos momentos ligados a sus largas relaciones con esta máquina. Desde el aprendizaje mientras su padre releía, como cada verano, el Quijote, pasando por las persecuciones a su persona por parte del policía municipal y por las tremendas jornadas pedaleando para ver a su novia, hasta el recuerdo de cuando uno de sus hijos ganó una prueba a costa de un agotamiento terrible, estas páginas ofrecen al lector secuencias muy deliciosas, repletas de humor. También en la misma colección, acaba de edi-

tarse «Por tierras de pan llevar», una historia triste escrita por la pluma siempre entrañable de Juan Fariás. Trata de la lucha de un hombre que busca mejorar la situación de su humilde familia en tiempos de «El Canal de Castilla». Los personajes, con Jonás, Sancha e Ismael en el centro, representan un paisaje humano desolador, pero lo que al final queda es la recompensa al esfuerzo de unas gentes que partían de una base de soledad y marginación.



Y IX

el día

PERIÓDICO ARAGONES INDEPENDIENTE

Fecha: 17 JUL 1988

«Mi querida bicicleta», última obra de Delibes

MD

Mi querida bicicleta es el título de la más reciente colección de relatos que ha escrito Miguel Delibes. Forma parte de la colección «Rumbos», de libros de bolsillo destinada principalmente a lectores entre doce y dieciséis años, que ha realizado Editorial Miñón.

A través de una bicicleta, Delibes deleita a los lectores con una media docena larga de relatos que corresponden a otros tantos momentos de su vida. Llega a situaciones humanas divertidas y entrañables, reflejo de una vida que el lector encontrará que es la suya propia y la de todos, pero que en ningún momento deja de ser individual y extraordinariamente personificada.

En algunos de los relatos —muy especialmente, el dedicado a sus primeros devaneos con la bicicleta y a las reacciones de su padre— se apunta lo que podría ser una verdadera novela autobiográfica. El lector desearía la continuación del relato dedicado a las reacciones de un padre francés, práctico y sincero, en abierta contradicción con las costumbres y usos de una vieja localidad castellana de los años 20.

Los otros capítulos están dedicados a escenas de la niñez, juventud, noviazgo, matrimonio, hijos y nietos, sin faltar el dedicado a la situación que surge cuando se produce una avería en la bicicleta.

HERALDO DE ARAGON

17 de Julio de 1988



Al día

— José Luis Bartolomé

Miércoles, 13. Crítica literaria. Una vez, no sé dónde, alguien dijo a Pío Baroja que Thackeray era mejor escritor que Dickens porque Thackeray «tenía más cultura». Esto le parecía a Pío Baroja un disparate. Y ciertamente lo es. En literatura cuentan relativamente poco los méritos adjetivos de la personalidad, entre los cuales se halla la capacidad, tan ligada, por otra parte, a la suerte o al nacimiento, para adquirir una cultura. Cuentan mucho, sin embargo, las virtudes personales. Los mejores escritores son aquellos que han dejado testimonio en sus libros de un espíritu noble e íntegro, o de una mente clara o de un carácter generoso y fuerte. La cultura no sobra (que no se me entienda mal), pero por sí sola tiene mucho menos valor que la benevolencia o la bondad. «El estilo es el hombre», dijo Buffon. Es algo de clavo pasado que quiere decir, entre otras cosas, que el estilo es una cuestión de moral. Para escribir bien hay que sentir bien, pensar y obrar bien. Para escribir bien hacen falta talento y ética. No es imprescindible, porque el escritor es un hombre como todos, que el escritor sea un modelo en todo. No hay que pedirle demasiado, ni a él ni a nadie. Admiramos a muchos escritores que son, o fueron, seguramente bastante chinchas. Pero, eso sí, la admiración que vale más es la que tributamos a escritores que no sólo admiramos, sino que también estimamos.

corazón más limpio. ¿Qué mayor elogio se puede hacer de un libro? El libro está escrito, además, en una clara, sencilla y nida prosa. La hombría de bien, como lo demuestra este librito, es una cualidad literaria, y de las mayores.

Todo esto se me ha ocurrido después de haber leído el último libro, hasta ahora, de Miguel Delibes, titulado «Mi querida bicicleta», publicado por «Miñón» en una colección para niños. Este librito, de cincuenta y ocho páginas, es, como «Madera de héroe», la obra de un hombre bueno, es decir, un libro bueno. En «Mi querida bicicleta» no pasa casi nada. El autor nos cuenta sus experiencias de ciclista y nos refiere, al final, una anécdota familiar. Eso es todo. Y es mucho. Es «Mi querida bicicleta» uno de los mejores libros de su autor. Tiene encanto. En el libro no es importante lo que se cuenta, sino esa clara atmósfera de admirable limpidez que baña lo narrado. Después de leer «Mi querida bicicleta» se siente el

E 44

IDEAL
 GRANADA

30 AGO 1988

Fecha:

25 JUL 1988

Memorias

*«Mi querida bicicleta»,
de Miguel Delibes*

MIGUEL Delibes nos ofrece en este libro un fragmento de sus memorias. Para quienes conocen al novelista castellano, esta breve pincelada de su vida y la interpretación que le da será como un aperitivo para el libro de mayor empeño, pero tiene entidad por sí sola, porque, curiosamente, nos descubre, la caza aparte, al Delibes deportista y observador del deporte.

Como siempre, encontramos en cada página el estilo personal, inconfundible y siempre elegante de nuestro novelista. Y la peripecia, rigurosamente contrastable, es sencilla como la vida misma pero, por ventura, muy divertida. El episodio del aprendizaje, las correrías por una ciudad todavía sin automóviles, la experiencia de la escalada, el noviazgo ciclista, los hijos aficionados contra los «federados»... algo más que apuntes.

Pues bien, lo sorprendente es que un literato de su prestigio se pasee por el mundo del ciclismo con la soltura con que lo hace Delibes: habla de carretes automáticos, de sufrimiento y de todo eso que los comentaristas actuales nos endilgan en estos días, sólo que bien.

No es el caso de hacer un paragon, porque tampoco Delibes busca aquí tan ambiciosos vuelos, pero para niños y adultos, si hubiese que bautizar a la bicicleta de Delibes, habría que llamarla Platera.

«Mi querida bicicleta». Miguel Delibes. Ilustraciones: Luis de Horna. Prólogo: Antonio Corral. Colección: 'Las Campanas', núm. 80. Serie Novela. Editorial: Milán

MD

Diario de Teruel

Fecha: 14-8-88



De 9 a 12 años

Entre el aluvión de novedades de interés acumuladas a lo largo del año, merece la pena destacar **Mi querida bicicleta**, de Miguel Delibes, libro publicado recientemente en la colección Las Campanas de Editorial Miñón. El autor, amigo de las cosas sencillas, naturales, da fe aquí de su afición por este agradable deporte. Es una manifestación clara de algunos momentos ligados a sus largas relaciones con esta máquina. Desde el aprendizaje mientras su padre releía, como cada verano, *El Quijote*, pasando por las persecuciones a su persona por parte del policía municipal y por las tremendas jornadas pedaleando para ver a su novia, hasta el recuerdo de cuando uno de sus hijos ganó una prueba a costa de un agotamiento terrible, estas páginas ofrecen al lector secuencias muy deliciosas, repletas de humor. También en la misma colección, acaba de editarse **Por tierras de pan llevar**, una historia triste escrita por la pluma siempre entrañable de Juan Fariás. Trata de la lucha de un hombre que busca mejorar la situación de su humilde familia en tiempos de «El canal de Castilla». Los personajes, con Jonás, Sancha e Ismael en el centro, representan un paisaje humano desolador, pero lo que al final queda es la recompensa al esfuerzo de unas gentes que partían de una base de soledad y marginación.

Doyle, de este mismo autor, Miñón, en la colección «Rumbos», tiene **Las hazañas del brigadier Gerard**, episodios de un espadachín donde se unen la aventura y el humor.



FOLIO MENOS CUARTO

Bicicletas de verano

Por JOSÉ LANDEIRA YRAGO

Para mí, el ciclista siempre ha sido un personaje raudo y ferruginoso, pero anacrónico, que se apea de la máquina como los héroes de Julio Verne, cuando todo está a punto de inventarse o se ha inventado ya. Perico Delgado, por ejemplo, alimentado con bocadillos de testosterona y omeletes de anabolizantes, es —según los franceses— una pieza de ingeniería genética, un robot de pata negra, con perdón, que es la primogenitura exportable de las excelencias ibéricas.

Decadencia del Tour

La decadencia del Tour de Francia, desde que los franceses dejaron de ganarlo, no es cuestión disputable. Está ahí. El novelista Miguel Delibes, en un hermoso y diminuto capítulo de *Mi querida bicicleta*, anticipó la desgracia de los ricos galoparantes frente al Tour con la teoría confirmada después: «El escalador (aparte la orografía del país, que también ayuda un poco) va desapareciendo de Europa con el aumento del nivel de vida».

Perico Delgado

Sé que, estando de por medio Perico Delgado, hay opiniones para todos los disgustos, por eso recomiendo a los acérrimos la reflexión de Delibes sobre el asunto, formulada antes de la contienda. El Tour era la huida hacia adelante del prestigio inalcanzable por otros medios, hasta que el desarrollismo y la euforia dijeron basta. «Acostumbrados a mortificarnos disimulándolo», tal cual explica

Delibes, los españoles coronan los Tourmalets inglorios dejados de lado por el ciclismo de alta renta per cápita, y gracias a esa dieta de testosterona y anabolizantes que consternó a la afición.

El ciclista, en España, es una criatura abocada al pábulo adverso. Si no, respondan sus paternidades del porqué de ciertas recomendaciones suscritas por el Espasa, artículo bicicleta: guardapolvo de seda, cinturón con revólver, una linterna, aguja e hilo, pertrechos de acampar —casi como en la guerra—, entran en el equipo del escalador.

«Un tormento»

Cree Miguel Delibes que la bicicleta de subir cuestas, aunque la máquina sea de aluminio y disponga de treinta desarrollos, «es un tormento para todo hijo de vecino». A mí me parece que es el no va más de los anacronismos caseros, capaz de suscitar intrigas civiles y perversiones políticas —casi como en Francia—.

En la Salamanca de los alzados, o tal vez en Burgos, Franco apremiaba a Dionisio Ridruejo para que se proporcionasen bicicletas a los obreros. Lo recuerda el disidente soriano en sus memorias: «Pero, mi general —le dijo—, yo no sé si las bicicletas le van a ser muy útiles a los operarios, pues en este país hay muchas cuestas». Ridruejo nunca llegó a entender qué había detrás de la idea de las bicicletas del imperio. ¿Una penitencia? ¿La mortificación y el disimulo? ¿La revancha del Tour? Misterio.

28 JUL. 1988



Fecha:

Memoria de Delibes

JESÚS EGIDO

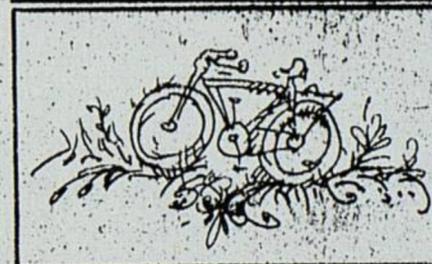
Mi querida bicicleta, de Miguel Delibes (ilustraciones de Luis de Horna). Editorial Miñón en su colección 'Las Campanas'. Valladolid, 1988. Rústica. 60 páginas. Para lectores de 9 años en adelante.

El gran escritor castellano se ha decidido a escribir un libro expresamente para los niños. No es una tarea difícil para un hombre caracterizado en algunas de sus obras por una literatura transparente, sencilla, casi llana.

Sin duda, el éxito de las ediciones que Miñón le ha publicado, escurbando entre novelas como *El camino* los capítulos más idóneos para su comprensión por el público infantil, ha sido decisivo para que Miguel Delibes afronte este reto.

Mi querida bicicleta no tiene un argumento tradicional, ni siquiera una trama construida a lo largo de sus páginas. Son recuerdos aislados, correspondientes a varias etapas de la vida del escritor, unidos por dos personajes constantes: el propio autor y la bicicleta. Desde el recuerdo del primer día que su padre le animó a subir a la máquina de dos ruedas que no sabía parar, hasta un episodio protagonizado por el hijo del autor.

Son episodios sencillos, muchos de ellos reconocibles por todos los lectores que se acercan a la obra. ¿A quién no le pasado alguna vez lo mismo que a Miguel? A la vez, Delibes rinde un home-



naje a sus seres queridos, con un placer autobiográfico en el que aparece su esposa y su vieja máquina *Velox* con la que hacían largas marchas en días cálidos.

Luis de Horna ilustra con humor y sencillez las páginas del volumen, con una técnica ajustada a la literatura encerrada en el mundo veloz, ágil y equilibrista de la bicicleta, una máquina que responde, pese a su estructura metálica, al mundo natural que el autor castellano ha defendido expresamente durante toda su vida.

LIBROS

El recinto ferial de Barcelona acoge la sexta edición del Salón Internacional Liber

Magia, misterio y enigmas en otoño

A cualquier edad el lector se siente fascinado por los libros que le ofrecen una buena dosis de misterio. En ellos el protagonista vencerá las fuerzas del mal y el lector saboreará — como si él fuera el héroe — la victoria de la justicia y de la verdad, tal es el propósito de esta literatura de evasión. El Liber, una vez más, es una buena ocasión para que niños y jóvenes se acerquen a este tipo de creación literaria.

M. EULALIA VENTALLÓ I GIVANEL

“Mi querida bicicleta”

Miguel Delibes. Il. Luis de Horná
Col. *Los Campanas*. Ed. *Mitón*. Vallad-
olid, 1988.

¡Parece mentira cómo una bicicleta puede estar ligada a nuestra infancia y a nuestra juventud,

aunque ahora haya sido sustituida en parte por la moto! Cuántos recuerdos nos vienen a la mente al evocar paseos y andanzas en los que era parte integrante, pues permitía alejarse rápidamente del lugar del delito...

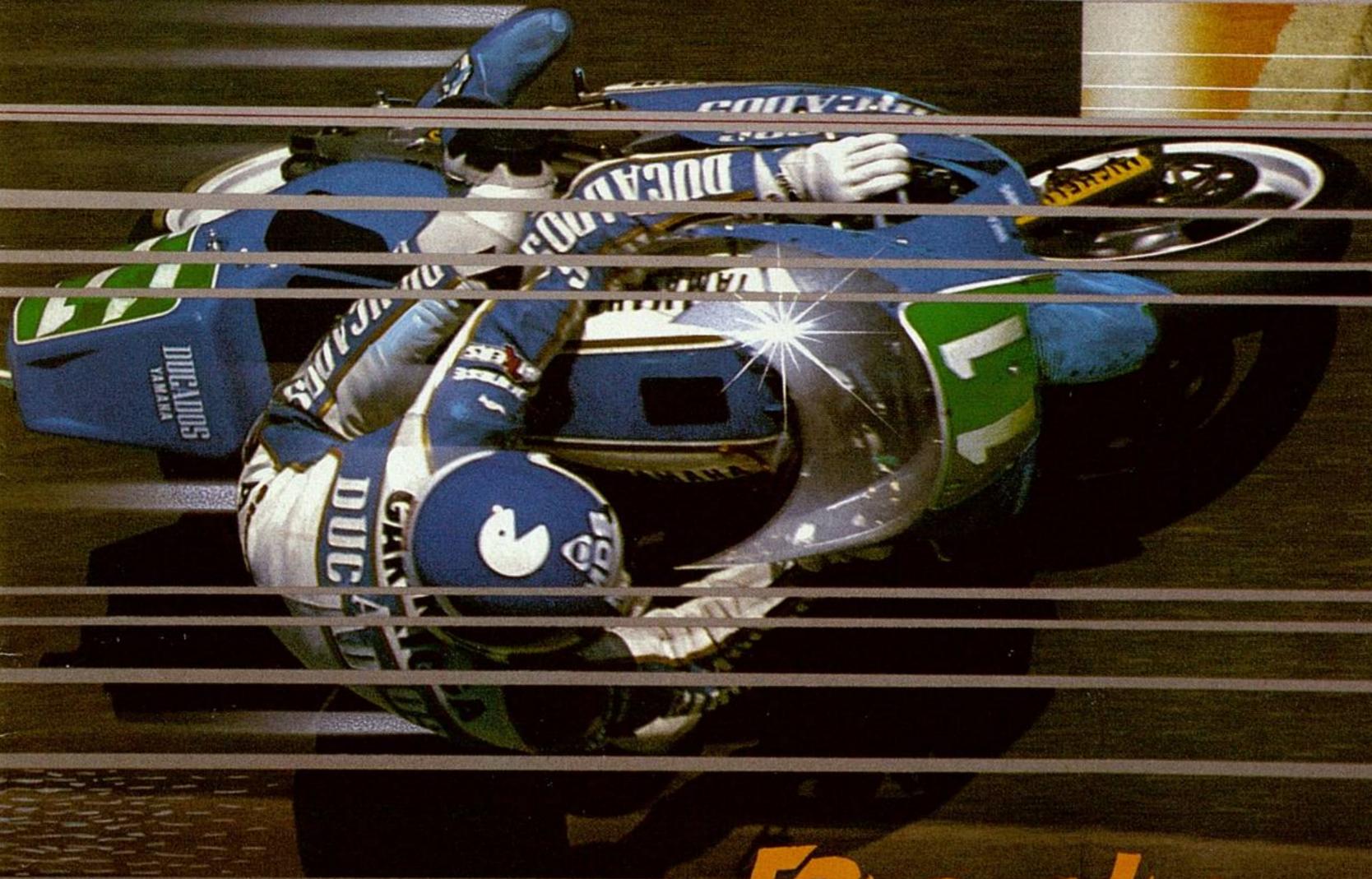
Esta tan agradable y amena narración de Miguel Delibes nos lleva pedaleando a través de su niñez, primero, de su adolescencia luego, y más tarde su madurez, con sus hijos y sus nietos, pues “el gen ciclista de la familia siguió manifestándose en las nuevas generaciones”, como nos dice el autor. A partir de 9 años.



J20

PREMIO NACIONAL DE PRENSA JUVENIL
N.º 198 • OCTUBRE 1988 • 175 PTAS.

JOAN GARRIGA



edebé
clase en la escuela

Rodando al límite

En el número 196 de J.20 publicamos una encuesta invitando a los lectores a opinar sobre la revista. Se trataba de que aquéllos se pronunciaran acerca de las diferentes secciones y de ver su nivel de participación en concursos y otras iniciativas promovidas por J.20.

Quiénes son nuestros lectores

- Contestaron la encuesta 671 lectores, aunque las chicas casi triplicaron a los chicos:
Chicos 25,7 %
Chicas 74,2 %
- La mayoría de los lectores tienen edades comprendidas entre los 11 y 14 años:
10 años o menos . . . 2,2 %
11 años 9,1 %
12 años 30,5 %
13 años 37,1 %
14 años 16,7 %
8 y 3
- Gran parte de nuestros lectores reciben la revista en el colegio, aunque un buen número están suscritos en sus casas:
Recibo la revista en casa 19,3 %
Recibo la revista en el colegio 69,4 %
La compro en el quiosco 3,6 %

Impresión general de la revista

- Los lectores valoran muy positivamente la revista, tanto la presentación y el tratamiento de los temas como la organización de las secciones:
La revista es estupenda 45,5 %
Buena 39,5 %
Aceptable 9,3 %
Regular 3,5 %
Mala 1,1 %
- Mención especial merece la unanimidad casi total en la forma de tratar los temas:
Muy infantil 4,1 %
Adecuada para mi edad 94,6 %
Demasiado sería . . . 1,3 %
- La presentación de la revista es del agrado de los lectores:
Estupenda 33,5 %
Buena 41,9 %
Aceptable 17,3 %
Regular 5,9 %
Mala 0,7 %

7. La organización de la revista en dos pliegos (Color y J.20 Actualidad) también recibe el beneplácito unánime:

Estupenda	42,3 %
Buena	45,7 %
Aceptable	9,1 %
Regular	3,1 %
Mala	0,7 %

Las secciones preferidas

- Las secciones que presentan juegos y concursos son las preferidas por los lectores. El ranking de las mismas queda establecido así:
Investigadores 1.^a
Concursos 2.^a
Mindundis 3.^a
Tiempo Libre 4.^a
Amigos de J.20 5.^a
Buzón de la Amistad 6.^a
Chispa 7.^a
Historieta 8.^a
Literatura 9.^a
Reportajes 10.^a
Televisión 11.^a
Libros 12.^a
Ciencia 13.^a
Viva la vida 14.^a
J.20 en el mundo 15.^a
Corresponsales 16.^a
Consultorio profesional 17.^a
Editorial 18.^a

Esta relación no significa que las últimas secciones no sean del agrado de los lectores, puesto que la que aparece en último lugar, Editorial, es Es-



tupenda para el 19 %, Buena para el 49 %, Buena para el 16 %, Regular para el 5 % y Mala para el 3 % de los lectores, lo que significa unos porcentajes de aceptación notables.

Participación de los lectores

- La participación de los lectores en los concursos organizados por la revista es considerable:
Han participado alguna vez 45,3 %
No han participado nunca 54,2 %

- Pero son bastantes menos los que han escrito en alguna ocasión a las diferentes secciones de la revista:
Han escrito a alguna sección 16,1 %
No han escrito nunca 83,8 %

Sugerencias

- J.20 parece una revista hecha a la medida de sus lectores, puesto que no presenta graves carencias. En este sentido, a la pregunta ¿qué falta en J.20?, los lectores responden así:
Nada 17,9 %
Historietas 3,6 %
Humor 24,5 %
Música 16,7 %
Deportes 16,7 %
Póster 8,3 %
- Y a la pregunta, ¿qué sobra en la revista?, los lectores responden de manera mayoritaria:
Nada 69,8 %

En definitiva, J.20 parece ir en una línea de gran atractivo para los lectores jóvenes, que esperamos poder mantener a lo largo de los próximos meses.

ENCUESTA J.20: PREMIADOS

Laura I. Díaz. Gran Rey (San Matías) Taco 33, 1.º 2.ª izda. La Laguna (Santa Cruz de Tenerife). **Nuria García.** Badegetes 67, 1.º Ribarroja del Turia (Valencia). **Yolanda Bravo.** Abadez 17, Utrera (Sevilla). **José Luis Fernández.** Plaza. Miguel Julià 4, 8.º 2.ª Sant Vicenç dels Horts (Barcelona). **Juani Soria.** Concha Espina 2, 1.º izda. Hellín (Albacete). **Enrique Collado.** Hermanos Pinzón 21, 1.º Almería. **David Paricio.** Avda. Mistral 67, 4.º 1.ª Barcelona. **Belén Muñoz.** Arroyo Fresno 25, 3.º dcha., C. Madrid. **Manuel Sánchez.** Ctra. Nueva 56. M. de Yeltes (Salamanca). **Raquel Serrano.** Legión Española 1, 5.º Burgos.

¡GRACIAS POR VUESTRA COLABORACIÓN!



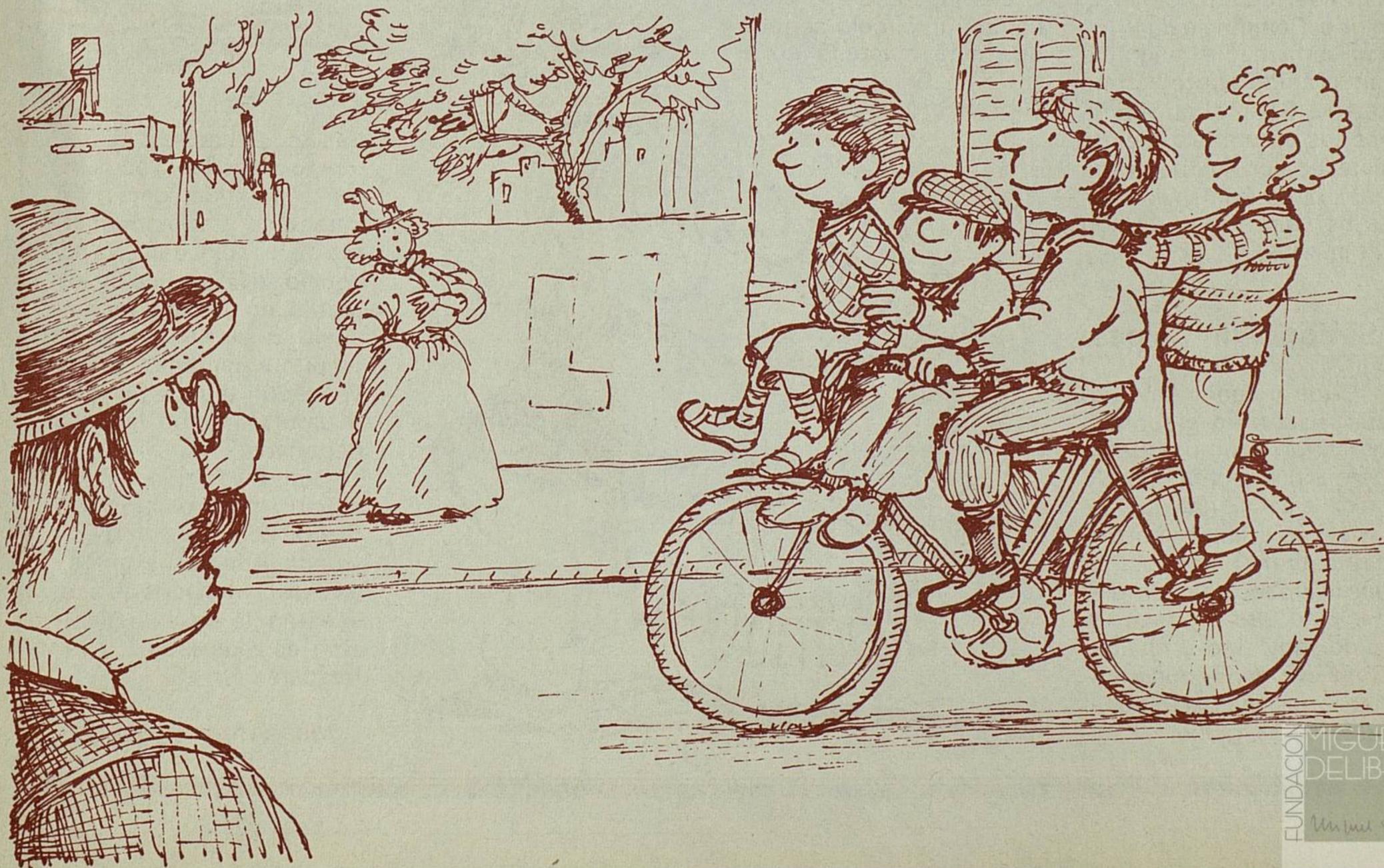
Mi querida bicicleta

de Miguel Delibes. Miñón. Col. Las Campanas



De adolescente, cuando me lamentaba ante mis amigos de los procedimientos didácticos de mi padre, ellos decían que esa era *la educación francesa* y que *la educación francesa* estaba muy bien. Que ellos no sabían nadar, ni montar en bicicleta, ni distinguir un cuco de un arrendajo porque no habían recibido *educación francesa* y que era un atraso. Que criar a un niño entre algodones era arriesgado porque luego, cada vez que la vida le pasa la factura no sabe qué actitud adoptar. Por aquel tiempo yo era ya una especie de Fausto Coppi, un ciclista consumado. No me apeaba de la bicicleta. Sabía zigzaguear sin manos, ponerme de pie en el sillín y conducir con los pies. Como transporte, podía cargar simultáneamente a tres

de mis hermanos: uno en el manillar, otro en la barra y un tercero de pie, sobre las palomillas traseras. Los automóviles, en mi ciudad, eran entonces media docena y uno podía doblar las esquinas, inclinando el cuerpo, a toda velocidad, sin preocuparse por lo que viniera de la bocacalle. Incluso cuando acompañaba a alguna muchachita, lo hacía sentado en mi bicicleta, impulsándome con el pie desde el bordillo de la acera. Formábamos un todo tan armónico, que si el descubrimiento de América se hubiese producido en 1932, y yo hubiera asistido a la efemérides, los indios a buen seguro nos hubieran tomado a mi bicicleta y a mí por una criatura con ruedas. Pero no todo iba a ser coser y cantar y en aquellos tiempos ya existía un





punto negro: los agentes, lo que entonces llamábamos guardias de la porra. Mi bicicleta nunca fue matriculada y en consecuencia constituía una sabrosa presa para los sabuesos municipales. Y ¿por qué no matriculaba mi bicicleta y vivía tranquilo? ¡Ah! Esto formaba parte de la *educación francesa* de mi padre. Mi padre era enemigo de *las tasas arbitrarias* aunque fuesen menores. La arbitrariedad de la tasa la determinaba él, naturalmente. Así, por poner unos ejemplos, mi padre nunca pagó un real en el fielato, ni un billete de andén en la estación de ferrocarril. Ante el fielato era contundente:

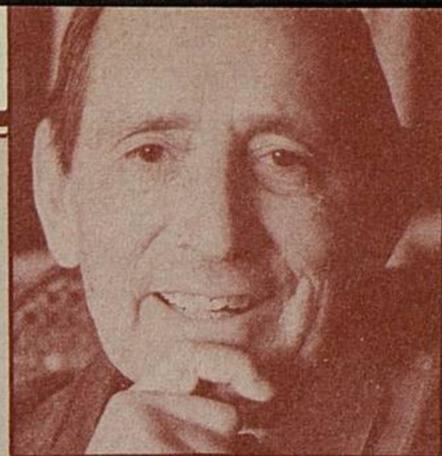
- ¿Algo de pago?
- ¡Nada!
- Sigan ustedes.

A lo mejor *el Cafetín* venía cargado de conejos pero la convicción con que mi padre lo negaba dejaba al consumidor persuadido de que no pretendíamos colar nada de matute. Algo semejante acontecía en la Estación cuando íbamos a esperar a la tía Elenita que llegaba de Burgos en el rápido de Irún.

—¡Autoridad! —decía mi padre con tal desparpajo que el portero no sólo nos dejaba pasar a los ocho hermanos y a mi madre sino que además le dedicaba a mi padre, que era el último de la fila, un par de reverencias. Lo malo era cuando mi padre se resistía a pagar *recargos abusivos* pero éramos nosotros los que teníamos que dar la cara, verbigracia, con la fotografía anual del colegio o la revista *Unión*, o el orlín de fin de curso. El Hermano Procurador no comprendía que pagáramos puntualmente la mensualidad y luego nos negáramos a abonar un pequeño suplemento por la fotografía, la revista o el orlín:

- Y ¿por qué no quiere tu padre el orlín?
- Él sabrá; no me lo ha dicho.

Y el Hermano Procurador nos despachaba sin la barra de regaliz que solía ser el premio a los buenos pagadores. Ante sus logros, mi padre se crecía y recuerdo que, al iniciar el segundo curso de bachillerato y pedirle dinero para pagar los libros, los miró uno por



EL AUTOR

Miguel Delibes

Es uno de los grandes autores vivos de la lengua castellana, que ha ido entregando libros regularmente desde 1947, año en que se consagró al ganar el *Premio Nadal*.

Su trayectoria literaria ha sido muy regular. La aparición de alguno de sus libros ha constituido un auténtico acontecimiento literario. Por eso no es casual que Delibes haya sido galardonado con los más prestigiosos premios: Premio Nacional de Literatura *Miguel de Cervantes*; Premio *Príncipe de Asturias*, 1981; Premio *Ciudad de Barcelona*, 1988.

Sus historias han trascendido al libro y se han contado también en el teatro, como es el caso de *Cinco horas con Mario*, o en el cine: *Los santos inocentes*.

Para niños ha escrito otros dos libros publicados en esta misma colección: *Mi mundo y el mundo* y *Tres pájaros de cuenta*.

LA COLECCIÓN

Las Campanas

Esta colección publicada por Miñón es una de las más prestigiosas y de más solera de la literatura infantil en España. Han publicado en ella autores muy reconocidos.

Todos los títulos se presentan bajo diseño único pero se cambia el color según los diferentes géneros: rojo, *cuentos*; anaranjado, *literatura humorística*; azul claro, *novela*; azul oscuro, *poesía*; verde, *teatro*; amarillo, *cuentos de batautos*.

La colección se dirige a lectores comprendidos entre los seis y los catorce años, y un signo gráfico sencillo indica quiénes son los lectores más indicados.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- Salvador Bartolozzi. *Pipo y Pipa en poder del brujo Pipirigallo*.
- Juan Cervera. *Contar, cantar y jugar*.
- Juan Antonio de Laiglesia. *La estaca mágica*.
- José Luis Olaizola. *El cazador urbano*.
- Juan Farias. *Por tierras de pan llevar*.

Hay ciertos objetos que acompañan la vida de una persona. La bicicleta es uno de los objetos que va creciendo con nosotros. La bicicleta es como el vestido, algo personal y entrañable.

Un tema que puede parecer tan poco sugestivo se convierte en tema literario visto por los ojos de un gran observador como Delibes, que está, además, en posesión de la magia de las palabras justas para contarlo bien.

En *Mi querida bicicleta* Delibes nos cuenta la historia de su propia relación con esta prodigiosa máquina de andar más rápido. Nos cuenta su propia aventura de cómo aprende a montar en ella ante los ojos socarrones de su padre que lo abandona a sus propias fuerzas. La bicicleta le sirve al autor para hacer un elogio de su *educación a la francesa*, o sea, una educación práctica en que ha tenido que enfrentarse personalmente a cada uno de los problemas.

La bicicleta acompaña sus primeras aventuras infantiles, aquéllas que parecen más emocionantes, como son el burlar a los guardias municipales por no llevar la matrícula en la bici. Anécdotas como ésta sirven al autor para emitir sus opiniones sobre asuntos



EL LIBRO

como éste de las tasas municipales. Miguel Delibes pone en boca de su padre su actitud de rebeldía frente a lo que considera *tasas arbitrarias*; tal es el caso de hacer pagar a los niños por ir en bicicleta por la ciudad.

La bicicleta sirvió también a Delibes para gozar de un campo de acción superior al que podía dominar a pie. En bicicleta podía desplazarse a nadar a lugares más apartados de la ciudad y más adecuados para bañarse con tranquilidad.

La bicicleta fue también el medio de transporte que le permitía ir a ver a su novia durante el verano, ya que ella veraneaba a larga

distancia. Y en bicicleta hicieron los dos parte del viaje de novios. Delibes confiesa que aún actualmente tiene su bicicleta.

Esta sencilla máquina le ha acompañado durante toda su vida. Ha sido como una parte de sí mismo que le ha ayudado a ganar autonomía. Pero esa autonomía, recalca el autor, no se gana sin disciplina: la bicicleta es una máquina que exige esfuerzo.

Contando la historia de las bicicletas de su vida, cuenta su vida misma. «Una bicicleta puede llevarnos a muchas partes. No sólo a una excursión con merienda, sino también ha-

cia el amor, hacia la valoración del esfuerzo; hacia ese esfuerzo consistente, no en llegar el primero a la meta ni en derrotar a los demás, sino en sentirnos abrazados por nuestra propia estimación.»

No creo que sea casual que Delibes nos haya contado la historia de sus bicicletas. Hay objetos que dan más que otros las dimensiones de uno mismo. Si se pudiera hacer una trasposición fácil, tal vez la figura del ciclista simboliza más que ninguna otra la forma de ser y de actuar de Delibes. Él afronta la verdad sin trampas, dando la cara con esfuerzo, como el ciclista, que sólo tiene la fuerza de sus piernas para afrontar la subida de un puerto. Sobre la bicicleta, una máquina sin motor, las cosas, el relieve, las distancias, tienen sus dimensiones reales. Uno necesita decisión para afrontar lo que viene, sea llano o montañoso.

En fin, el gran autor valisoletano con su lenguaje acariciado, terso y límpido nos entrega un texto lleno de humanidad, de observaciones y de un humor amable.

Los dibujos de Luis de Horna, un alma gemela, reflejan más que nada la dimensión lírica del texto.

Jesús Ballaz Zabalza

uno, separó el volumen de Historia y me dijo con aplomo francés:

—Éste le devuelves. Le dices al Hermano de mi parte que lo tenemos en casa.

Se levantó, abrió una de las librerías de su despacho, sacó un librito de Historia del año catapún, con una tapa blanca en lugar de roja, y me lo entregó. Al día siguiente el Hermano nos mandó estudiar las dos primeras páginas, pero aunque los dos libros empezaban con la Prehistoria, su método no coincidía. Con

el tiempo las diferencias se hicieron más profundas de manera que me pasé el curso estudiando con mi compañero Lisardo Martín. En aquellas cuestiones en que creía tener razón, mi padre no transigía. Y en lo concerniente a la enseñanza de la Historia era partidario de que se escribiese un texto objetivo y con poca sangre que sirviera para todos los párvulos del mundo, y mientras no se hiciese así, cualquier libro valía, ya que según él «la historia no se inventaba».

La matrícula de la bicicleta de un niño le parecía



igualmente una *tasa arbitraria*, por lo que nunca pasó por ello. Aparte lo infundado de la tasa, mi padre tenía sobre el particular un sensato punto de vista: Un chico en bicicleta que se dejara coger por un hombre a pie era un tonto, se merecía la multa. No le faltaba razón.

Ante semejante filosofía nuestro ciclismo, el de los ocho hermanos, no consistía tanto en pedalear como en eludir, en tener el ojo bien abierto para descubrir a tiempo el guardia de la porra y no caer en sus manos. No era tarea fácil porque hace medio siglo un agente municipal ponía tanto celo en agarrar a un ciclista sin matrícula como el que puede poner hoy en sorprender un coche aparcado en zona azul sin el tique de la ORA. De este modo, en la ciudad, el deporte de las dos ruedas, sobre el ejercicio en sí, encerraba para un niño un singular atractivo: no dejarse cazar. Nos lanzábamos a tumba abierta en cuanto divisábamos un agente, doblábamos las esquinas como suicidas, de modo que cuando el guardia quería reaccionar ya estábamos a mi leguas. El riesgo estribaba en meterse uno en un callejón sin salida o en adentrarse en una calle que tuviera un guardia en cada esquina. Creo recordar que en aquellos años los agentes urbanos usaban silbato y desde luego se ponían fuera de sí cada vez que un ciclista sin matrícula pasaba por su lado como una exhalación, afeitándole. Entonces, instintivamente, soplaban el pito y la presencia de otros guardias en las proximidades podía crear problemas. De modo que pedalear ojo avizor, escurriendo el bulto, era una actividad maravillosa que despabilaba a cualquiera. Si no me equivoco (creo que ahora puedo confesarlo sin riesgo, puesto que las faltas han prescrito) siempre salí victorioso en este empeño; nunca fui atrapado. Sí me cogieron, en cambio, jugando al fútbol en el Campo Grande o vadeando el riachuelo del parque, en la zona que llamábamos Países Bajos, pero montado en una bicicleta jamás. Yo me sentía como una especie de Al Capone, en Chicago, perseguido vanamente por toda la policía de la ciudad. Lo que me pregunto a veces es cómo hubiera reaccionado mi padre si alguno de los hermanos nos hubiéramos dejado prender.





MI QUERIDA BICICLETA por Miguel Delibes. Col. «Las Campanas» de Edit. Miñón, 1988.

Si el gran novelista castellano ha sido y sigue siendo preceptivo en las aulas con obras como *Las Ratas* o *El Camino*, tales son la frescura y transparencia de su prosa, cuánto no lo será con obras como ésta, — o como la que la precedía en esta misma colección: *Tres pájaros de cuenta*— en las que al lado de las crónicas de un mundo casi desvanecido como es el de los parajes y costumbres de una Castilla rural, que tan bien conoce y ama el autor, se está haciendo sitio a las crónicas personales. Porque *Mi*

querida bicicleta es un ramillete de recuerdos del académico por los que invita a pasear al lector: son las distintas etapas de su vida

M E N S A J E R O

Bilbao, Octubre 1988

nº 1173

Severino Calleja

PAGINAS



JUVENILES

evocadas con sonrisa picaresca y no sin añoranza; desde su infancia hasta la de sus hijos, Delibes pasa apresurado por su

adolescencia, su juventud y su madurez. Y otra vez el lenguaje es coprotagonista, esa manera suya tan llana de relatar las cosas.

cambi6

17 OCT. 1988

INFANTIL

MD

El héroe ciclista

FRANCISCO CUBELLS

Mi querida bicicleta, de Miguel Delibes. Miñón, Valladolid, 1988. 59 páginas. 550 pesetas.

EL dinamismo del ciclista transmite Delibes al lector con su decir neorrealista, aquí transido de humor y adaptado a las dificultades que encuentra quien aprende a montar en bicicleta. Las ilustraciones, con recursos del *comic* y de la caricatura, trasladan idénticas sensaciones con brioso expresionismo.

El pedaleo por el recinto urbano, las afueras, de Santander y Burgos y el circuito de una carrera local constituyen la secuencia sin argumento de esta narración. No es idéntica la bicicleta ni siempre el mismo el ciclista. Pero es constante el idilio de Delibes con la bicicleta, que le precipita por los recuerdos de su infancia, de su pa-



dre, de la adolescencia, del noviazgo, de los goces paternos en el triunfo de sus propios hijos.

Es idéntico el heroísmo del ciclista, sea éste el padre, la madre o cualquiera de los

hijos, heroísmo que aquí, como en las novelas de Delibes, no impulsa brillantes hazañas ni aun al servicio de la más encumbrada de las causas. En cierta ocasión, Delibes señaló tres notas que deberían caracterizar la literatura para niños: *tema adecuado, linealidad y brevedad*. La tercera la consiguió en este relato; las otras dos, a medias. Hay dos maneras de escribir para niños: una de ellas selecciona los argumentos atendiendo a los intereses no cotidianos del niño; la otra pretende capacitar al niño para que acceda a las obras de los buenos escritores. Esta vez Delibes se ha decidido por la segunda.

A partir de 10 años.

N.º 881/17-10-88



EDITADA POR MIÑÓN Y ESCRITA POR MIGUEL DELIBES

"Mi querida bicicleta", una agradable lectura



Miguel Delibes, académico de la Real Academia Española de la Lengua y Premio Nacional de Literatura "Miguel de Cervantes", nos ha sorprendido muy gratamente con la publicación de un pequeño librito de temática ciclista, titulado: MI QUERIDA BICICLETA.

Este libro, de Editorial Miñón, va dirigido para los niños, aunque su lectura puede resultar una verdadera delicia para cualquier mayor y mucho más para todo amante de la bicicleta. No es un tratado técnico, ni muchísimo menos. Es un breve repaso a ciertos momentos de la vida de Delibes, en los que la bicicleta fue su compañera, aliado y copartícipe fiel, y que por analogía podrían compararse o identificarse también con nuestro caso.



"Mi querida bicicleta" no sólo puede ser un regalo ideal para el cumpleaños de un chaval que anda en bici. Es un librito culto que no debiera faltar en la biblioteca de ninguna escuela de ciclismo y es, por supuesto, el

arma ideal para combatir el hucosco de una tarde lluviosa de cualquier sábado invernal.

Antonio Corral, autor del prólogo del libro, señala para animarnos a su lectura que «Delibes posee la virtud envidiable de ver las cosas, de contar las cosas, con esa claridad de la infancia. Conservar dentro la infancia, como él la conserva, es el único modo de que le comprendan a uno de todos: los adultos y los niños».

Características: Mi querida bicicleta. Autor: Miguel Delibes. Número 80 de la colección Las Campanas. Sesenta páginas con ilustraciones. Tamaño: 19 x 13. Editorial Miñón. Precio: 550 pesetas. Lectura a partir de los 9 años.

JULIO NAVARRO

META 2MIL



PERIODICO DE CICLISMO

ORGANIZACION EDITORIAL DEPORTIVA, S. L.
C.I.F. B-46435145
Pedro III el Grande, 2-6º 46005 Valencia (España)
Teléfono (96) 374 63 12 - Fax (96) 374 63 60

Director
CHEMA RODRIGUEZ

Redactor jefe internacional
JEF VAN LOOY

Redacción central
PEPA MARTINEZ e ISABEL G. FANTIN

Corresponsales extranjeros
PAOLO VIBERTI (Italia), ROLANDO LAHERA (RDA)

Corresponsales nacionales
D. FAURA (Albacete), J. L. SOROLLA (Aragón), J. E. CIMA (Asturias), L. M. SOTO (Avila), S. RIPOLL (Balears), S. DURAN (Barcelona), JOSE L. MARTINEZ (Burgos), F. DEL ROSARIO (Canarias), JOSE M. TEJA (Cantabria), ERNESTO DOMENECH (Castellón), P. CARRETERO (Ciudad Real), XAGAROS (Galicia), FRANCESC (Gerona), ESPIMO (Granada), C. FERRER (La Rioja), J. C. PRIETO (León), G. SANROMAN (Lérida), J. SANCHEZ (Málaga), J. M. FALGAS (Murcia), C. GALERA (Madrid), J. M. GUAJARDO (Navarra), F. LOREDO (País Vasco), JOSE J. ALAMO (Palencia), Ch. BLANCO (Salamanca), A. BARRIO (Segovia), D. CASANOVA (Sevilla), J. MORALES (Tarragona), J. C. REAL (Valladolid), L. PABLOS (Zamora).

Secciones
OSCAR GUTIERREZ (Triatlón), JUANJO SUAREZ (Documentación), KUKU (Técnica)
Fotógrafos
VICENTE MARTINEZ, MANUEL M. TORRALBO,
JAVIER ALVAREZ, JOSE M. HEREDERO y GERMAN GARCIA
Diseño y Diagramación
ANGEL BOU

Imprime: Castellón Editorial, S. A. Crta. Valencia-Barcelona, Km. 68,700. Castellón.
Depósito legal: CS-66.1988 - Precio Canarias: 115 ptas., más 10 de sobretasa aérea.

Fecha: 18 DE JUNIO 1988

Memorias

ML



MIGUEL Delibes es uno de los escritores que mejor ha sabido revivir con su prosa el mundo de la infancia. Dice, con acierto, Antonio Corral Castanedo en el prólogo al presente volumen que **“Delibes posee la virtud envidiable de ver las cosas, de contar las cosas, con esa profunda claridad de la infancia. Conservar dentro la infancia, como él la conserva, es el único modo de que le comprendan a uno todos: los adultos y los niños”**.

En este libro, que es como un fragmento de un posible y deseable libro de memorias, Delibes recuerda sus relaciones con las bicicletas, desde los lejanos momentos de su infancia en que aprendió a conducir las hasta ahora cuando sigue haciendo excursiones con ellas y cuando sus hijos o nietos heredan la misma afición.

El libro se centra en la afición a la bicicleta, por lo que Delibes recuerda también a los viejos héroes del ciclismo, pero, en torno a esa afición, se nos narran también las curiosas costumbres educativas y fiscales del padre del autor, su amor por la naturaleza libre y el paisaje castellano, sus amores con Angeles, la que iba a ser su mujer, y el carácter voluntarioso de su hijo.

Miguel Delibes: Mi querida bicicleta. Valladolid, editorial Miñón, 1988. J.S.

MD